

Colección
Ovejas eléctricas

ediciones
peras *del* olmo

Si preguntan por mí

Enrique Pfaab



Título: SI PREGUNTAN POR MÍ

Autor: ENRIQUE PFAAB

Año de edición: 2024

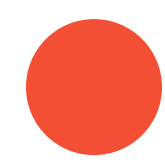
Foto de tapa: ALEJANDRA AMAR

Colección de narrativa breve Ovejas eléctricas

Ediciones Peras del Olmo | www.perasdelolmo.com.ar

Si preguntan por mí

ENRIQUE PFAAB




ediciones
peras del olmo

Colección de narrativa breve

Ovejas eléctricas

A Maité y Sara, mis hijas





“Cuando el amanecer lo sorprendía en movimiento, solía pensar que había algún vínculo entre el nacimiento de la claridad y el hecho mismo de avanzar, como si el caminante fuera, de algún modo, responsable del amanecer, o al revés: como si el amanecer generara el movimiento de los pies sobre la acera”

Alejandro Zambra, Poeta chileno

En defensa de mi ombligo

Julio Ramón Ribeyro publicó *Prosas apátridas* en 1975, pero antes escribió mucho. Mucho y maravillosamente. Cuando salió ese libro, seguro sus lectores querían saber qué pensaba, cómo vivía, qué sentía. La mayoría de esos textos los escribió en París. Yo no escribí tanto ni tan bien y vivo en un callejón rural de la provincia de Mendoza.

Entonces, ¿por qué se justifica publicar algo como esto, que en su origen sólo fueron apuntes, un desahogo? Quizás por un par de motivos: el primero es que mis hijas, cuando ya no esté, podrán explicar quién fue su padre. Un motivo egocéntrico, pero motivo al fin. El segundo es que, más allá de que hubiera querido otra cosa, los lectores con los que pueda contar seguro me recordarán por estos textos y no por otros, aun en contra de mi voluntad. En *Prosas apátridas*, Ribeyro escribió: “No hay una repisa donde poner libros ni un escondrijo donde sepultar la maleta para evitarnos la impresión de ser los eternos viajeros”. No hay mejor inspiración para ordenar este libro que esa; libro que también, y modestamente, puede interpretarse como un homenaje al entrañable escritor peruano.

Que les sirva a mis hijas por si algún día alguien llegara a preguntar por mí. Y que les aproveche a mis amigos como copias de sus llaves porque, como también decía Ribeyro, “cada amigo es dueño de una gaveta escondida de nuestro ser, de la cual sólo él tiene la llave e, ido el amigo, la gaveta queda para siempre cerrada”.

Eso nomás. Pero puedo estar equivocado en todo.

E.P.



Estación de partida

Heini

Me dijeron que un día nos vamos a encontrar, Heini. Que vas a tener esa misma cara, mezcla de risa y expectativa, y yo esta de ahora que tiene marcas de algunas historias. Cuando eso ocurra tendré que decirte algunas cosas. Que no te angusties. Que estarás bien. Que sufrirás algunas veces, pero lo superarás. Que también serás feliz y la mayoría del tiempo conservarás la esperanza. Que serás buen padre o por lo menos ese será tu primer objetivo en la vida una vez que lo seas. Que nada se olvida, ni lo bueno ni lo malo. Que las cargas se acomodan para que no pesen. Que tu madre fue una buena mujer y tu padre un buen hombre. Que te amarán por el camino. Que amarás profundamente y te sentirás vivo. Que una parte tuya siempre tendrá esa misma cara, mezcla de risa y expectativa. Que todo se perdona. Que siempre se puede volver a empezar. Que nada se pierde. Nos vamos a encontrar un día de estos. Será un buen día ese. Un buen día, como todos los días cuando te recuerdo, Enriquito.

El huevo de la mentira

Y una vez aprendí a mentir. Creo que tenía seis años, tal vez siete. Iba a una escuela que me parecía inmensa. Recuerdo a mi maestra y a mi compañerito de banco, que vivía en un primer piso, justo sobre una heladería. Y recuerdo también cuando aprendí a mentir. En la escuela habían organizado la carrera del huevo en la cuchara. Los días previos había analizado las posibilidades de victoria. Eran nulas, o casi. Mi viejo, viudo muy reciente, trató de convencerme para que me anotara. Sus argumentos se basaban en la importancia de participar, más allá del resultado. Pero la posibilidad cierta de una derrota no me parecía aceptable. Por tratar de dejarlo tranquilo le dije que correría con el maldito huevo. La noche anterior mi viejo hirvió el huevo durante diez minutos y me explicó que no se rompería si se caía. Dormí mal esa noche y al día siguiente no encontré excusas para no ir a la escuela. Cuando la maestra nos llevó al enorme salón de actos donde debíamos correr, me invadió la angustia. Pensé en todas las escenas, teniéndome como protagonista de un enorme papelón y siendo el centro de las burlas. Oculté la cuchara y el huevo en el bolsillo del guardapolvo y le dije a la maestra que me había olvidado de traerlos. Y no corrí. Cuando mi viejo llegó a casa a la noche no me animé a contarle la verdad. Pensé que su desilusión sería enorme. Entonces le mentí. Le dije que había corrido. Que había ganado. Que mi desempeño había sido maravilloso. Mi viejo me abrazó, feliz. No recuerdo haber sentido una tristeza igual. Mi viejo murió muchos años después. Nunca le conté la verdad. Se fue creyendo que su hijo mayor había corrido y ganado esa carrera. Hoy pienso en ese niño y me dan ganas de abrazarlo. Decirle que sé la verdad y que es lo mismo que si su viejo la supiera. Y que su padre también lo abrazaría.

Cinco minutos

Mi viejo siempre se levantaba temprano. Prendía el fuego, calentaba el agua y se ponía a matear sentado al lado de la cocina a leña. De grande me di cuenta que su madrugar tenía relación con la necesidad del silencio y la reflexión en soledad. Al mediodía, después de preparar el almuerzo y comer, el cansancio lo vencía. Pero, por alguna razón, no se permitía dormir siestas largas. Anunciaba que se tiraría “cinco minutos” (lo decía en alemán, fünf minuten decía) y se desmayaba en la cama. Con mi hermano deseábamos que ese descanso se estirara. Era nuestra posibilidad de jugar, de hacer lo que se nos diera la gana porque después había que trabajar. Sin embargo, mi viejo se despertaba a los cinco minutos, quizás a los diez con mucha suerte. Se levantaba de un salto, casi siempre malhumorado por haber perdido tanto tiempo, por haberse dado el permiso del descanso. Nosotros pagábamos el precio. Y el cansancio aparecía otra vez a la noche, nunca muy tarde. A las diez, después de la cena, otra vez sentado junto a la cocina a leña y con un vaso de vino templándose arriba de ella, cabeceaba y se quedaba dormido. Nunca se iba a la cama antes que nosotros. Era otro rato de soledad y, de paso, no lo veíamos derrumbarse. Heredé ese reproche hacia el descanso. Lucho con él, pero fracaso. Durante mucho tiempo, creo que hasta que murió, sólo conservé el recuerdo de su malhumor después de la siesta de cinco minutos. Ahora puedo analizar otras cosas, pero ya es tarde.

El olor

A veces, cuando paso por uno de los ambientes de la casa donde ahora vivo, siento ese olor. El olor de la casa de mi padre, una mezcla de olores que crean un olor único. Una mezcla de olor a humo de leña seca, a pan casero que ya se puso agrio, a bolsa de harina de 50 kilos, a tierra y sudor, a trapos viejos. No siempre siento ese olor, sólo a veces. Por lo general, cuando estoy solo en la casa, por las mañanas y en algún momento de la tarde. Olor a humedad, a sombras, a ventanas cerradas, a polvo de años. Un aroma a todo eso junto, mezclado, transformado en ese olor único a la casa de mi padre. Cuando paso por ahí, por esa pieza y siento el olor, sigo caminando. Hacia atrás. De regreso.

El boletín

El niño leyó: “Firma del padre, tutor o encargado”. ¿Qué sería un tutor? ¿Qué un encargado? ¿Existían niños que iban a la escuela de la mano de un tutor, de un encargado? ¿Quiénes eran esos señores que no eran padres de esos niños y que ejercían esos títulos? El niño se preguntó si a él también le podía pasar que su boletín tuviera que ser firmado alguna vez por un tutor o un encargado. Serían señores extraños que no conocía y que no lo conocían a él. Señores que se dedicaban a eso, gente amiga del director y que concurrían a la escuela cuando el director los convocaba para entregarles un niño cuyo padre ya no firmaba boletines. Pensó que un encargado quizá no fuera tan terrible. Sólo se encargaría de llevarlo a la escuela y firmar. El tutor, en cambio, seguro era un hombre cruel, con una varilla de mimbre en la mano derecha. Un hombre que jamás sonreía. El niño hubiera pensado que era un déspota si hubiera conocido la palabra déspota. Él, como otros niños, caería bajo la dictadura de un tutor que lo mantendría encerrado en su casa todo el día, haciendo tarea y ordenando su pieza salvo cuando estuviera en la escuela. Lo sometería a una disciplina rígida y absurda. Se terminarían los paseos a la plaza, las idas a la calesita, los domingos al sol, las respuestas. El niño se espantó por el futuro incierto. Fue su primer miedo, tan parecido a los que vinieron después.

Al pueblo

Voy al pueblo, decía mi viejo. Así también decíamos nosotros. Todos decían así. Como gran acontecimiento, la ida al pueblo era para nosotros, los pibes, toda una aventura. Seguí diciendo ir al pueblo durante muchos años. Todavía, cada tanto se me escapa, por más que el pueblo ya no exista y sólo quede allí una ciudad como tantas.

El 18

A mediados de septiembre la música inundaba la barriada, alejada de ese pueblo de la Patagonia. Eran cuecas, pero también se mezclaban pasodobles, rancheras y hasta algún chamamé. Eran las ramadas del 18 de septiembre y también las del “18 chico”, como le decían a los festejos previos y posteriores, justificando la extensión de la fiesta. Los festejos por la Independencia de Chile. Por eso nunca sentí a los chilenos como extranjeros ni a Chile como otra patria. Allí, en el patio de alguna de las casas o en la misma calle, se armaba el festejo entre ramas y lonas, donde abundaba la chicha y el vino. Baile y risas. Todos sudados y picados. Cada tanto, había alguna pelea entre los que se excedían y el resto se encargaba de calmarlos o, al menos, de asegurar que ninguno de los contendientes estuviera armado con su cuchillo que casi todos llevaban cruzado en la espalda. Los peleadores apenas terminaban revolcados y sucios, durmiendo la mona juntos. Más de uno de mis amigos, niños como yo, iban a vomitar entre los yuyos, borrachos por haberse tomado todos los culitos de los vasos que habían podido manotear. Eran días de alegría. Una alegría simple, sin pretensiones. Un descanso del alma.

Uno de los suyos

Tenía el dedo el pulgar hinchado y la sangre comenzaba a salir espesa, a borbotones. La puerta de la chata lo había aplastado. Iba en sus brazos mientras él corría. Más que mío, el susto era suyo. El susto me asustó y empecé a llorar desconsolado, a los gritos. No por el dolor sino por el susto, el suyo. Cuando llegamos, me sentó en la mesada de la cocina. “¡Dame un vaso con vinagre!”, le dijo a mi madre y me metió el dedo adentro. Ahora sí dolía y lloré más. Entonces me secó las lágrimas con un dedo, uno de los suyos. Y su dedo era áspero, rasposo. Tenía la piel rajada de tanta tierra y tanto frío. Dedos enormes de una mano enorme. No hay ternura mayor que la de un hombre duro. Recién ahora me doy cuenta, ahora que recupero ese susto y sus manos partidas.

El picado

Tierra hasta en los dientes. El sudor se transforma en barro. La mano hace rollitos de mugre cuando pasa sobre la piel. Las patas con olor a pata. Las zapatillas y las medias con olor a pata. La pelota deshilachada. Los perros que se pelean en el córner. La meada apurada detrás de los yuyos y las puteadas porque quedó un jugador menos. Y el gol del que gana, el último, por más que el resultado sea cualquier otro. La gloria en un instante.

El lado izquierdo

La niebla se abre por un instante y en ese hueco aparece tu cara. Por momentos también se escucha tu voz. Así ocurre siempre. Cada vez la niebla es más espesa y los desgarros más breves. A veces pienso que nada existió, que todo es imaginario. Pero allí estás, Dita, mirándome y sonriendo. Porque te decían Dita y no Mecha, tal vez porque te veían pequeña o vulnerable o demasiado tierna o todo eso junto. Te veo llevándome de la mano a buscar a papá, que viene caminando desde lejos con su mochila verde en los hombros, trayendo los víveres de la semana. Allí estás, consolándome porque el gallo me corrió, trató de clavarme sus espuelas en las piernas y no lo consiguió. Igual lloro a moco tendido. Entre la niebla, te veo tejiéndole a él, a escondidas, un pullover negro y rojo inmenso para el Día del Padre. Ahí estás, atendiendo a un soldado herido de una brigada del Ejército que vino a dinamitar la estructura abandonada de un hotel abandonado. Y veo la cara del soldado, mirándote como si también fueras su madre. Claro, por más que no quiera, también te veo en la cama la noche que te llevaron. “Cuidá a tu hermanito”, me decís. Veo esto cada vez que tu rostro aparece entre la niebla, no siempre. Lo que sí veo todas las noches, lo que sí escucho, Mercedes, después de que me ponés el pijama, me arropás y cantás una canción, después de que me das un beso y apagás la luz, son tus ojos grises y tu voz diciéndome: “No te acuestes del lado izquierdo porque se aprieta el corazón y tendrás pesadillas”. Ahora, tanto tiempo después, cuando sigo acostándome como me decías y me voy acercando a la niebla, pienso que quizás no seas un recuerdo de mis primeros cinco años. Tampoco un producto de mi imaginación. Tal vez yo sea producto de la tuya.

Coleccionista

Cuando era niño, el abuelo le regaló su pluma fuente. Entonces, comenzó a coleccionar plumas, lapiceras antiguas y bolígrafos extravagantes. A los trece, encontró junto al cordón de la calle una llave antigua. Empezó a coleccionar llaves. Cuando tenía veinte le regalaron una primera edición de Don Segundo Sombra. Y comenzó a coleccionar primeras ediciones. No las leía, las acomodaba en un estante. A los veintitrés tuvo su primera novia; a los veinticuatro su primer auto; a los veintisiete su primer título universitario; a los treinta y cinco se separó por primera vez; a los cincuenta el primer infarto. Se murió a los sesenta y cinco. Lo velaron en una de sus casas, que estaba atiborrada de cosas. Y después lo pusieron en un nicho donde fue parte, por primera vez, de una colección perfecta.

Todo se tira

De niño aprendí a zurcir medias. De lana, gruesas y pesadas, que cuando se mojaban eran una esponja cruel y fría que recién se secaba a los tres días. Un mate calabaza dentro y a remendar. Crear un nuevo tejido que, casi siempre, duraba más que el resto de la media. No sé quién me enseñó, seguramente la madre de alguno de mis amigos, casi seguro doña Amelia. Yo estaba orgulloso de mis zurcidos, un orgullo que nunca compartí con nadie. Sólo mis pies lo sabían. Ahora ya no hay medias así y tampoco me he cruzado con nadie que zurza sus medias. Todo se tira y reemplaza. Todo. Apenas quedan los recuerdos.

Los libros con gusto a turrón

El gusto y el olfato son una puerta que ha quedado abierta. En las navidades de la infancia llegaba desde lejos una encomienda enviada por mis tías. Traían libros y turrónes. Los eneros eran meses de lecturas dulces. Verne, Salgari, Twain y tantos más. Todavía conservo esos libros con gusto a miel y almendras.

No me sueltes la mano

La primera vez fue un anocheecer. Tenía cinco años y la tía Rosita me había llevado con ella a la florería donde trabajaba (Esmeralda y Torcuato de Alvear). Ya no existe la florería Embassy ni tía Rosita y en esa esquina hay un cruel e impersonal comedero chino al paso. La florería tenía dos atractivos principales: la cámara frigorífica donde las flores se mantenían siempre impecables, y la panza de don Pedro, el encargado, con la que cerraba el cajón de la registradora para hacerme reír. En esos anocheceres, cuando la ciudad comenzaba a oler a muzzarella y fainá, salíamos de la florería con mi tía caminando por Esmeralda, cruzábamos la plaza por debajo del ombú inmenso (ese sí está) y nos metíamos en la estación de Retiro para volver a casa. Fue una de esas noches, esa noche, cuando lo sentí por primera vez. ¿Quiénes son todas esas personas que caminan apuradas para no perder la salida del próximo tren? ¿Quién es cada una? ¿Qué piensan, qué sienten ahora, cuando van amontonados, empujándose y sin mirarse? ¿Volveré a cruzarme con ellos alguna vez? Mientras obedecía el mandato “no me sueltes la mano”, mientras los miles de sonidos se mezclaban y retumbaban en la enorme estación, sólo podía pensar en eso. Y seguía pensando en eso todo el camino de regreso. ¿Qué pasará detrás de esas ventanas iluminadas de los edificios? (las luces del Ital Park era las únicas que hacían presumir alguna alegría) ¿Qué pasará allí dentro, en esos departamentos, tan arriba de todo? ¿A dónde irán esos autos que pasan por Libertador? ¿Y esa gente que está del otro lado, en las tribunas del hipódromo de Palermo, mientras ocho caballos corren junto al tren? No le pregunté nunca a mi tía Rosita si ella sabía. Y ella me preguntaba si estaba bien, porque me quedaba en silencio por primera vez en el día. No le quise contar nunca que había descubierto un sentimiento nuevo. Algo parecido a la angustia.

Bucaneros

Mi viejo nunca tuvo mucho, pero lo que tenía, lo tenía en abundancia: pies enormes, dos metros de altura, unas manos inmensas, un malhumor casi permanente. Y un Rastrojero 58. Y una vez, una sola, tuvo una idea divertida y comunitaria: participar en el corso con el Rastrojero cargando a todos los pibes del barrio. Tiene que haber sido en el 73 o 74 porque Perón ya había vuelto y, como se sabe, los corsos siempre fueron peronistas. La chata se transformó en barco pirata y los pibes en bucaneros. Terminamos todos mojados, felices. Fue una noche, una sola, una de sábado de carnaval. Después crecimos.

Kartoffelpuffer

El chapalele es una tortillita. Papa rayada y harina. Viene de Chiloé, una de las zonas más castigadas de Chile. En mi infancia era de las mejores y más comunes comidas que había en las mesas de los hogares de mis amigos, a quienes algunos despectivamente llamaban chilotes. Mi viejo también las hacía, aunque para él eran kartoffelpuffer, que era la misma cosa. Pero a él le decían alemán.

Un juego, un desafío


Como por instinto, de niño aprendí a leer las huellas. Gran parte de mi infancia y mi primera juventud transcurrieron lejos del asfalto, con tierra en verano y nieve casi siempre. Y para entender lo que ocurría, reconocer los espacios y las costumbres –también por curiosidad– aprendí a leer las huellas marcadas en el suelo. Sin mucha dificultad podía tener la certeza de cuántos, qué sexo y hasta la edad aproximada de los que habían andado por allí. También saber cuántos vehículos habían pasado y si eran autos, camionetas u otra cosa. Incluso, si las huellas se repetían, y eran de gente que frecuentaba el lugar, podía saber quiénes eran. Y, a la inversa, aprendí a disimular las mías, a dejarlas difusas, ocultas. Era un juego, un desafío, un entrenamiento. Igual ejercicio hacía con los ruidos y los olores del monte, casi siempre en las noches. Es cierto que la mía no era una capacidad especial. La enorme mayoría de mis amigos de esa época, aquellos que vivían en el mismo territorio, podían hacer lo mismo. Al juego, al ejercicio, a veces le agregaba uno más: encontraba mis propias huellas, desandaba el camino pisando en el mismo lugar e intentaba recordar qué había sentido, qué había pensado en el momento en que había dejado la huella primera. Ahora, cuando el cemento lo ha invadido todo, intento hacer lo mismo en forma imaginaria. Busco reconocer el camino andado, de extremo a extremo. Desde el Heini que fui al tipo que soy hoy. Intento recordar qué sentí en cada paso, qué pensaba. Cuando encuentro esas pisadas, detecto los cambios, pero también algunos signos iguales a los de mis pisadas actuales. Todavía cargo las mismas angustias, los mismos miedos, algunos mismos sueños. Ahora, cuando el sendero andado es más largo que el por andar, tal vez sea tiempo de despojarse del peso de los primeros y permitirse la realidad de los demás.

Sin mirar

Cerrar los ojos, esa es la forma. En las noches de luna, en las despejadas, alcanza con la penumbra para orientarse en los senderos del monte. De niño, de joven, me sobraba esa luz para caminar por allí como si fuera una avenida. Pero en noches sin luna, nubladas, la oscuridad era completa. Entonces, en lugar de intentar usar la vista inútil, cerraba los ojos y bloqueaba el pensamiento. Dejaba que los otros sentidos, la memoria motriz y el instinto me guiaran. De pronto, todo fluía. Caminaba sin dudas, sin temores. Sin angustia. Tengo un sueño recurrente. Sueño que caigo de muy alto. Y sueño que debo olvidar el miedo para poder volar. Y, cuando bloqueo el miedo, comienzo a flotar, a dominar la caída y a jugar en el aire. Siempre es sobre esos mismos bosques y de noche. Con los años he descubierto algo. Al escribir, al proyectar, al amar, intento hacer eso: cerrar los ojos, desprenderme del miedo, despojarme de lo racional y liberar las sensaciones, el instinto, la emoción. Ahora mismo hago eso. Como en el bosque.

Lo que soy

Fui la nariz roja de frío y chorreando mocos, la cara sucia, las rodillas raspadas. Fui el miedo a la guerra, la incertidumbre, el desaliento y la angustia. Fui penas de amor, adioses, vuelta a empezar. Fui el llanto de mi hija, de mi hija, sí, dos veces. Fui la partida y la ausencia. Tus ojos oscuros y tu sonrisa clara fui. Ahora soy todo eso y debo hacer algo con ello.



El equipaje

Lo que aprendí

No aprendí mucho de niño. Apenas que las zanahorias no crecen bien junto a los repollos y que los repollos se llevan perfecto con las lechugas. Que los rabanitos crecen en cualquier parte y las papas también. Y que las papas son una buena plantación de inicio, airean la tierra y al año siguiente crece cualquier cosa en ese suelo. Que siempre queda alguna papa en la tierra por más que uno remueva y habrá papas, alguna perdida al menos, después de la primera siembra. Que la tierra se agota a los tres años y hay que dejarla descansar al menos seis. Que la nieve es mejor palearla antes de pisarla y, dentro de lo posible, antes de la segunda helada. Que el hacha y la pala no son cuestión de fuerza sino de destreza. Que no hay casi nada mejor que la lectura en una siesta de enero. Que los perros se mueren. Que las gallinas no son todas iguales y cada una tiene su carácter. Que los teros vuelan bajo cuando uno pasa cerca del nido pero, por más que amenacen con estrellarse en la cabeza del niño, jamás lo hacen. Que siempre el atardecer es melancólico, el amanecer esperanzador y que nunca es tanto ni tan poco. No aprendí mucho de niño, pero sigo haciendo lo que aprendí.

Quisiera avisarles

Abro el baúl. Entre tantas fotos y papeles viejos encuentro un manojito de cartas. Algunas están fechadas en 1965, otras al año siguiente y una más, sola, que no tiene fecha pero sé que es de fines del 68. No son muchas y el destinatario y el remitente van intercambiando roles. No son correlativas y por eso una no le responde a la otra; casi no se nota porque las cosas que se cuentan parecen ser las mismas siempre. La ausencia, las dificultades, los planes futuros... Unas las escribe mi padre, otras mi madre. Y yo los escucho cuando las leo. Recuerdo las voces. No se oyen felices. Cada quién con su angustia, que sobrevive en la carta siguiente. Quisiera avisarles que se van a morir, cada uno a su tiempo. Que la pena que tienen no tiene lógica mirada desde ahora. Tampoco tiene lógica avisarles. Ya no. Debería aprender algo con este hallazgo. Tal vez ser feliz ahora, con lo que hay, con lo que hay a mano, con lo que se pueda. Una felicidad urgente, sin miedos. Después no hay nada.

Runrunes

La voz de mi madre cantando. El traqueteo del tren. La campana de la escuela. El arroyo en octubre con el agua del deshielo. El ulular de los búhos entre los cipreses. Los perros ladrando cuando amanece en el barrio entre el humo de las chimeneas. El silbato de la Modesta Victoria anunciando que está por zarpar. El chasquido de los remos metiéndose en el agua. El silencio total de la nevada nocturna. Los teros alertando que alguien cruza el mallín. El runrún del Rastrojero. El golpe del hacha de Bobadilla. Las puteadas en alemán del viejo. El chisporrotear del fuego. El piar de los pollitos debajo de la clueca. El silbato del guarda anunciando que el tren está por partir. Los acordes de Adiós Nonino. Los primeros ruidos de la mañana de la esquina de Suipacha y Rivadavia. El ascensor deteniéndose en el segundo piso de mi abuela. El zumbido del tupí del taller de Ernesto. El presagio del micro subiendo la cuesta del 16. Los índices de Serafín golpeando el teclado. La voz del Turco en la radio preguntando ¿Estás ahí? La del Vasco anunciando un tema de Zitarrosa. Zitarrosa. La risa de Sara. El papá de Maité. Los timbrazos como carcajadas, avisando que llegaste. El silencio de la nieve. El silencio.

El permiso

Trabajo con pasión, porfiado. No sé hacerlo de otra manera. No porque me mueva un objetivo noble, sólo imagino que al terminar la jornada, cuando caiga la tarde, mi viejo me dará permiso para ir a jugar a la pelota.

La promesa

Graciela, te quería contar que cumplí la promesa. Seguro que te acordás, compañera. La última vez que nos vimos me hiciste prometer que iría a San Juan en septiembre. A ese San Juan tuyo que tanto añorabas. Me dijiste esa tarde que no podías describirme los aromas de septiembre en San Juan. Que querías, pero no podías encontrar las palabras. Que por eso debía ir, para olerlos. Me hiciste prometerlo. Sólo te pido eso, me dijiste. Y agregaste: Alguien te va a acompañar, algún día. Te dije que sí, que te lo prometía. No sabía por qué, pero ese pedido y la promesa me quedaron grabadas. Después supe. Fue lo último que me dirías. Hoy, mucho tiempo después, cumplí la promesa, Graciela. Primero intenté sentir esos aromas, pero no los encontraba. Por suerte, como dijiste, había una ñatita morena conmigo. Ella sí los sintió. Yo le había contado de la promesa y de vos, y sus dos ventanitas se abrían, buscando. ¿Sentís? ¡Es cierto! Hay un aroma, suave, dulce, como si algo hubiera florecido, me dijo. Y yo, guiado por su ñatita, sentí. Estaba ahí. Vaya a uno a saber de dónde venía, pero allí estaba: suave, dulce. Como ningún otro aroma. Cumplí la promesa, compañera. Allí estaba. Y allí estaba yo, mi nariz y la ñatita. Hubiera querido llamarte para contártelo. Te hubiera escrito. Te hubiera ido a ver para contarte sobre San Juan, sobre septiembre. Sobre el aroma y la ñata. Ya no se puede. La vida a veces es triste y brutal, como cuando te fuiste. Aunque a veces, como decías, también es dulce y risueña. Como esta mañana de septiembre.

Perfume

El aroma a manzanas en las tardes de otoño, el perfume a pino en los crepúsculos de marzo, el de jazmines en diciembre, el olor a mar cuando todavía no se ve la costa, el del lago, el de tostadas cuando abren la puerta de la casa, el de leche en la piel de los hijos que todavía gatean, el aroma de aserrín de la carpintería de un amigo, el de pasto recién cortado, el de tierra mojada, el de un vino bueno y el de otro urgente, el de café en las mañanas, el de tu piel en las noches. El de tu piel.

La lección

Uno va improvisando sobre la marcha. Desde el primer llanto, intenta encontrar respuestas y ser el mejor padre posible. Por más consejos, recuerdos y lecturas, uno improvisa y se deja guiar por el instinto. De lo único que se aprende es de los hijos. En mi rol de padre, mis dos niñas han sido las mejores educadoras. Siguen siéndolo. Los tres tenemos algo en claro: quién es el adulto y quiénes las hijas. Las enseñanzas han sido siempre de ida y vuelta.

Pasar lista

Un mate espumoso y amargo. Una pava tiznada. Un fogón a las tres de la madrugada en la costa del Traful. El cielo estrellado del Collón Cura. La Cruz del Sur. Una salamandra prendida. El olor a tierra mojada. El olor a pasto recién cortado. El olor a pino en un bosque de pinos. Las hojas secas de los coihues. Los ñires y las lengas en otoño. El otoño. Un mallín en pleno otoño. Los teros gritando en el mallín en primavera. El atardecer sin viento del Brazo Campanario. El cerro Capilla cubierto de nubarrones grises. El amanecer recortado detrás de los cerros del Este. El humo de las chimeneas de una mañana helada, aplastado sobre el barrio. Los amancay florecidos. Los retamos de noviembre florecidos. La lluvia, cuando empieza a llover. La lluvia cuando para. La nieve seca, en polvo. Las pisadas que crujen en la nieve seca. El silencio absoluto cuando deja de nevar con nieve seca. Las luces de las ventanas. Un vino tinto a las diez de la noche. Unos mates a las tres junto a la salamandra. Vos, a las diez y a las tres. Un buen párrafo leído. Un buen párrafo escrito. Una idea. Las otras ideas que vienen después. La respiración de mis hijas mientras duermen. Sus risas cuando despiertan. Los primeros copos detrás del vidrio empañado. La leña ya juntada al lado de la salamandra mientras caen los primeros copos. Los pies helados metidos en agua caliente después de juntar leña. Descubrir los primeros hongos del otoño debajo del pino del fondo. Los gallos cantando al amanecer. Los primeros brotes en la quinta. La quinta regada al crepúsculo. La primera ensalada de la quinta. La quinta. La gallina clueca y su primera camada. La noche. El silencio. El desvelo. Vos, en todas partes.

Una charla

Tenías tres años y yo estaba juntando mis pedazos de padre recién separado. Era una noche de invierno frío. Nevaba. La cabaña estaba a medio terminar y habíamos cenado sentados en dos cajones. Nos alumbrábamos con un farol a querosén y nos habíamos puesto bien pegados a una pantalla conectada a una garrafita de tres kilos como única calefacción. Estábamos a media luz. Para vos era una aventura, estabas feliz y, como siempre, querías hablar. Charlemos “en algo” decías y a mí me causaba gracia. “Papá, ¿cómo se hace para ser feliz?”, dijiste. Se me estrujó la garganta. Pensé apurado. Intenté una respuesta. Te dije algo así como que uno es feliz cuando está junto a las personas que quiere y las ve contentas. Pensé en la frase: “Hogar es ese lugar en donde viven las personas que amamos”. No olvidé nunca ese instante, Maité. Quizás no haya existido otro.

Lucecita

Durante mucho tiempo dejé alguna lucecita prendida de noche para evitar que alguna de mis hijas fuera a tropezarse si se despertaba y se levantaba. Ahora, cuando me acuesto sin nadie en la pieza de al lado, dejo una lucecita prendida para poder dormir. Sí, soy padre. Después, también soy otras cosas.

ADN

Es como el ADN, un gen, un mandato, un karma. Hay muchos que son periodistas, pero sólo algunos son periodistas de Policiales. Al menos así era antes, con esta generación que ya va desapareciendo. El de Policiales después podía trabajar en otra área: Política, Sociedad, Cultura, pero seguiría siendo esencialmente un periodista de Policiales. Uno de esos tipos que no recuerda los sitios por sus paisajes, sino por los lugares donde se cometieron los crímenes. Uno puede renegar de ese destino o aceptarlo, pero es un destino inevitable. Soy uno de esos. A veces, a mi pesar. Otras, con un orgullo oscuro y morboso. Tengo algún amigo con el que compartimos esto. Nuestras charlas inevitablemente terminan siempre ahí, en el mismo punto: recordando muertes, antecedentes, condenas, de vez en cuando absoluciones que nunca serán las nuestras. Rara pasión, esta. Pasión, algo que también va desapareciendo.

Caminar pensando

No se puede pensar mientras se está quieto. Yo no puedo. Necesito pararme y caminar, moverme. Ir y venir. Aun cuando escribo, me paro y camino, busco la idea y vuelvo a sentarme para escribirla. Los que me ven consideran insoportable esta costumbre. Creen que vivo disperso. Puede que tengan algo de razón, pero en esa dispersión es donde encuentro lo que busco. Siempre ha sido así. En las redacciones me han puteado por eso. Repasando mi historia he descubierto que las decisiones más trascendentales de mi vida, las más drásticas, las más profundas, las tomé caminando. Más aún: las tomé caminando en la calle, en algún camino, en la ruta, en un sendero, de madrugada y andando sin rumbo. No hay mejor forma para pensar que caminar sin objetivo y de madrugada. En medio de la noche caminé por ciudades, montes, rutas rodeadas de bosques, descampados, buscando la idea, la respuesta, el análisis, la decisión. Hubiera podido haber muerto alguna de esas noches, apuñalado, atropellado, desbarrancado, helado. Pero no, aquí estoy, más o menos sano, más o menos vivo. Caminando de madrugada decidí mi destino, lo elegí, lo cambié. Resolví cambiar de ciudades, de trabajos, de amores. Cerré etapas y comencé otras. No me arrepiento, por más que cada uno de esos momentos fue algo traumático, casi siempre doloroso. Muchas veces triste, sin retorno. A veces no fueron buenas decisiones, pero fueron. La primera de esas caminatas la hice cuando tenía unos trece años. Después vinieron muchas más. No sé por qué, pero no puedo pensar estando quieto. Ahora mismo escribo esto entre vueltas y vueltas y me doy cuenta de que hace ya un tiempo que no salgo de madrugada a la calle a andar sin rumbo. Quizás sea porque he encontrado algo. Quizás.

Uno que escribe

Soy uno que escribe. Podría ser uno que pinta, que toca la guitarra, que esculpe, que baila, que hace de otro en un escenario. Pero no, soy uno que escribe. También podría ser remisero, vendedor de seguros, vigilante, levantador de quiniela, taquillero en una kermese. Pero no, soy uno que escribe. Y, más allá de que me gane la vida con un teclado vendiendo mis dedos al absurdo oficio de periodista, soy uno que escribe por otra cosa. Escribo porque se me acomodan las ideas escribiendo. Porque soy tímido y callado. Porque me cuesta hablar diciendo lo que pienso. Porque escribiendo se me ordena la cabeza, pero también las tripas. Porque siento que soy uno y mejor cuando escribo. No sé qué haría con mi alma si no escribiera. Andaría por ahí, entre el desborde y la angustia, sin lógica ni destino. Y seguiré escribiendo mientras vea y la cabeza funcione. Quizás un día, uno último, escriba lo que siempre quise, lo que me complete. Después, sólo escribiré recordando ese momento.

Esos miedos

A los cuatro años creí que estaban debajo de la cama. A los cinco noté que se escondían también adentro del “ya vuelvo”, del “mañana te llevo al médico”, del “papá llega tarde”. Los cargué conmigo sin saberlo. Incluso he creído muchas veces que ya no estaban, que se habían diluido. Sin embargo, cuando menos lo esperaba, aparecieron de nuevo, ahora ocultos y disfrazados con otras ropas. Revoloteando, aguijoneando, murmurando al oído. No había podido encontrar luces que los espantaran, ni repelentes ni nada. Hasta que una mañana de noviembre, soleada y casi cálida, se me dio por cruzarte. Habrá sido tu risa, o tu feliz día de todos los días, o tu caricia constante, a mí y también al niño. Lo cierto es que, entonces, los miedos comenzaron a visitarme cada vez menos. Ahora apenas los veo a la distancia, en las esquinas, esas en donde los fantasmas suelen hacer sus reuniones.

Inmutable

Lavé las sábanas y sacudí el colchón. Había que sacar de la cama los insomnios, los besos, los quejidos, las risas y los llantos. A la noche la cama estaba fresca y limpia, pero todo seguía allí, inmutable. Ahora mismo estoy intentando meterme dentro del lavarropas.

La ignorancia, esa gran virtud

El periodista es un ignorante profesional. Es indispensable que tenga al menos estas dos virtudes: reconocer su ignorancia y saber a quién o a dónde acudir para disimularla. A veces encuentro a ese alguien. Un alguien generoso que no tiene empacho en compartir años de lectura, conocimiento y búsqueda. Por lo general, es gente que no quiere figurar y eso los transforma en más admirables aún. Yo tengo esa suerte y hace que me sienta cada vez más bruto, más torpe. Y me aprovecho de ellos, sólo en honor a ellos. Que conste.

Entusiasmados

Exaltación y fogosidad del ánimo, excitado por algo que lo admire o cautive. Adhesión fervorosa que mueve a favorecer una causa o empeño. Eso dice el diccionario sobre la palabra entusiasmo. Todos nacemos entusiasmados. Sería imposible hacerlo si no fuera así. Si no, ¿para qué íbamos a querer dejar un ambiente tan seguro y agradable como el vientre materno? De chicos somos seres entusiasmados. La idea de poder salir a jugar a la siesta nos bastaba para amanecer entusiasmados. Un juguete nuevo, el partido de la tarde, los charcos de la esquina, cualquier cosa era suficiente. Después nos educan. Nos maduran. Nos enseñan que no hay que gastar energías entusiasmándose por cosas que jamás conseguiremos. Que es mejor esforzarse por lo posible. Que al resto de nuestros entusiasmos lejanos es mejor olvidarlos. Durante la adolescencia conservamos algo de ese entusiasmo ilógico hasta que después maduramos. Nos transformamos en seres racionales. Enfocamos nuestras energías en lo posible y sólo en lo posible. Y allí vamos, grises. Maduros.

Engaño

A veces recuerdo una idea o una frase de algo que leí y me pareció maravilloso. Me doy cuenta de que olvidé dónde lo leí. Hasta que lo recuerdo, busco el libro y después la frase, pero ya no está. Y entonces comprendo que la literatura disparó una idea y esta creció sola.

Estaciones intermedias



Yo también robé

Mi vida delictiva fue prematura, breve y absurda. Tenía unos 12 años y ya había adquirido el hábito de la lectura y el vicio de la lectura compulsiva. Desde Buenos Aires, mis tías me mandaban para cada festejo (cumpleaños, Navidad, Reyes) libros de regalo. La voracidad lectora que me aquejaba era impiadosa y los libros nuevos dejaban de serlo muy rápido. A veces, para cubrir los baches, releía las novelas que más me habían gustado. Algunas las leí unas 10 veces y no alcanzaban a calmarme lo suficiente. Cierta vez tuve que ir al pueblo, no sé para qué. En el supermercado Lahusen, el único súper de esos años, había libros en algún exhibidor poco requerido por la clientela. Y allí fui. Eran novelas, ediciones de bolsillo, todas del Lejano Oeste, la mayoría bastante malas aunque con el formato clásico de tres actos que asegura la fluidez y efectividad de la trama. Con el “camino del héroe” bien marcado, aunque sin vuelo ni juegos literarios. Eran apenas una solución efectiva para aplacar el síndrome de abstinencia. No recuerdo haber sentido tanto miedo como cuando metí uno de los libritos en el bolsillo de la campera y salí con él por la línea de cajas. No hice algo así nunca más. Fue principio y fin de mi vida delictiva. Creo que el motivo fue que esa novelita no merecía semejante riesgo. Quizás eso me salvó de generar un prontuario. Años después me enteré de que Roberto Bolaño hizo esto mismo durante mucho tiempo en las magníficas librerías del DF mexicano. La diferencia entre él y yo es que Bolaño elegía bien lo que robaba y sacó provecho cuando escribía. Yo no. Sólo llegué a remedar esos libros de bolsillo. Después, mis tías siguieron mandándome libros por años. Todos esos regalos constantes fueron más económicos que si hubieran tenido que depositar una fianza para conseguir mi libertad.

Mitad y mitad

Sonreís. Me alegra que sonrías, por más que sepa que ya no soy el motivo. Ahora que lo pienso, hace mucho que no lo soy y hace más que no te veía sonreír. Alguna vez lo fui. Hace mucho. Tanto que había olvidado cómo era verte sonreír y recién lo recuerdo ahora, cuando ya no sonreís por mí. Me acabo de dar cuenta de que más allá de cualquier cosa sólo quería eso. Ser el motivo de tu sonrisa. Lo fui. Ya no. Hace mucho que no. Ahora cuando te veo, me alegro otra vez. Siempre será buena tu sonrisa, aun cuando ya no seas mi motivo, mi razón, ni siquiera mi recuerdo. Es buena todavía ahora, cuando también yo sonrío. Ahora que alguien sólo quiere ser el motivo de mi sonrisa y yo el motivo de la suya. Ida y vuelta. Mitad y mitad. Así es el juego.

Lo mismo

Las pensiones y los pensionistas son lo mismo. Un pasado oculto, un olvido eterno. Viví en algunas. Algunas eran para hombres solos. Otras para familias completas y hombres solos. Edificios y personas habían conocido mejores épocas y ni los unos ni los otros develaban datos de sus pasados. No querían recordar. Había una sensación de fracaso en el ambiente. De fracaso y de que el futuro sólo podía ser el derrumbe. Conocí a un caricaturista allí. A un mozo que había sido cocinero. A un médico. A un par de albañiles. Fue una larga época, prefiero no quedarme enredado en ese recuerdo. Tal vez porque ese que fui tampoco quería recordar su pasado y tenía una sensación de futuro frustrado, esperando la demolición.

Para no olvidarlo

En medio de la cena corrió la silla, se paró y me dio un abrazo larguísimo, como de tres minutos. Después me dio cinco besos en la mejilla, contándolos. Después dijo: Te extrañé y quería recuperar el tiempo perdido. Me lo dijo así, con su vocecita de siete años. Yo pensé: no tengo que olvidar este momento, no tengo que olvidar este momento, no tengo que olvidar este momento. En unos años, cuando llegue a la preadolescencia, descubrirá mis defectos, sentirá vergüenza de mí, me retrucará todo lo que le diga. Cuando ya sea más grande, entrará en equilibrio. No seré perfecto, pero tampoco un desastre y encontraremos un territorio donde abrazarnos con cariño, sin que ella olvide que soy apenas su padre. Esto me pasó hoy, hace un rato, y no quiero olvidarlo.

Cuarentena

Entonces, encerradas cada una en su burbuja, las personas comenzaron a darse cuenta de que lo peor no era la peste. Que lo grave no era la tos, ni la fiebre, ni los dolores. Ni el temor a la muerte, ni siquiera la muerte. Lo terrible, lo brutal, era la soledad de la burbuja. Después, cuando la peste terminó, fueron muriendo de a una. A veces enfermas, a veces de viejas, pero siempre solas.

Y punto

Un bicho rebota en la lámpara y viene a pararse en la pantalla. Justo al final de la frase, como un punto y aparte. Podría ser un punto final, pero el bicho se vuela. El texto sigue, debe seguir hacia alguna parte. Hacia el momento del encuentro o el de la muerte. Hasta que otro bicho se pare en la pantalla y lo decida.

Todo junto

El tipo adulto pretende desarrollar sus roles lo mejor que puede: el de padre, el de laburante, el de marido, el de amigo, el de vecino, y así. Intenta desarrollar cada rol en un compartimento estanco, para concentrarse mejor en él y hacerlo mejor. Hasta que se da cuenta de que no hay forma de hacerlo de esta manera y va y viene y es todo al mismo tiempo. Que es imposible hacer todo sin cometer errores. Entonces descubre que debe, haciendo todo como puede, transitar por esta vida sin perder la capacidad de mearse de la risa. Después muere.

Roli

Ya no sé qué es lo que escribió y qué lo que conversamos. Cuando lo leo, nos recuerdo hablando e intercambiando ideas y, casi siempre, riéndonos. Cuando recuerdo nuestras charlas dudo si las hemos tenido o si es algo que he leído. Lo bueno es que ahora, cuando ya estoy irremediablemente solo, puedo escuchar su voz cada vez que releo algo suyo. Lo malo es la ausencia.

Ni tiempo ni espacio

Dos hombres pelearon y uno mató al otro. Eso contarán los diarios, con más o menos firuletes. Lo más importante, la dolorosa vida de esos dos hombres, no se contará. No la contaré. No hay tiempo ni espacio. Antes, mucho antes de que un hombre matara a otro, hubo un desprecio social por los dos. Y ese desprecio los condujo lentamente a esta encrucijada que no podía tener otro final. Un colega que llegó tarde a la puerta de la comisaría me preguntó: ¿Cómo era el tipo que entró y quedó detenido? Sin pensar, casi instintivamente, contesté: todos los que quedan detenidos se parecen.

Recordé

Me decís: ¡Te vas a mojar! Me insistís: Mejor lo dejamos para otro día, ¡te vas a enfermar! Te tendría que contar sobre mis treinta años de mojaduras completas, de humedad constante. De frío en los huesos, andar arqueado, entumido. Te tendría que contar sobre los ratitos de sol extraños y milagrosos cuando uno se estira después de meses y los huesos suenan. Me pedís que no me moje, que me cuide y yo debería contarte que la lluvia es tan normal, tan frecuente, tan mía. No te digo nada porque también debería decirte que ahora, en este tiempo, vos sos el calor, el sol, el breve tiempo del verano, los músculos libres y estirados. Los huesos sin dolor, ni ruidos. No te digo nada porque sería cursi y prefiero salir a la lluvia en silencio. La lluvia, una rareza en este tiempo. Tanto como vos.

52

Un promedio perfecto. Mudanza 52. Una por año. Algunas veces creí que sería la última. Otras muchas pensé que era algo provisorio y ni siquiera saqué la ropa de los bolsos. Viví en piezas de pensiones, conventillos, casas, departamentos mínimos, cabañas. Entre bosques y en plena ciudad histórica. Tuve jardín, balcón, macetas, un lugar sin ventanas. Viajé a lugares distintos o no salí de ellos. Hoy es la 52 y ya no especulo si será la última o si mañana me iré otra vez. Curiosamente, por pura casualidad si es que existen las casualidades, se cumplen siete años de la mañana en que moría mi viejo. Algún día llegaré a alguna parte. Puede que mi historia sea seguir andando.

57

Columpiando a Sara

Pechame.

¿Fuerte?

¡Sí! Hasta que te diga basta.

¿Basta?

No. Ahora voy a cerrar los ojos, vos pechame fuerte.

¿Qué sentís?

Como si volara.

¿Y cómo se siente volar?

Como soñar.

¿Y yo me puedo hamacar después?

No sé, vos ya sos grande. Pero podés cerrar los ojos y soñar. Es como si te hamacaras.

Ceniceros

No sale en las estadísticas. A nadie se le ocurre hacer una de algo tan mundano, insignificante. Unos pensarán que plata es lo que más se roba, autos, las mangueras de los patios. Y de los frentes de las casas, los enanitos de jardín. También libros, los chocolatinas del súper, medias de los tendedores. No, lo que más se roba son los ceniceros de los bares. Algunos dicen que este flagelo es apenas superado por el robo de birromes y encendedores, pero no hay datos ciertos y esta teoría corre por estricta cuenta de quienes la sostienen. “Disculpame que no te traiga cenicero, hace dos días compramos quince y ahora quedan tres”, dice la moza. La chica atiende las mesas que están en la vereda y que son elegidas por los fumadores. Los ceniceros son de los objetos más hurtados, vaya a saber uno por qué. No se debe a que sean llamativos. Los clientes se llevan los que son pintorescos y también los toscos, los comunes. Y no se los llevan porque no tengan en sus trabajos o en su casa. Se los llevan casi por hobby, por deporte. Así se extinguieron los ceniceros de chapa de Cinzano y Gancia que abundaban en bares y pizzerías. Ahora únicamente pueden encontrarse como objetos de colección en las estanterías hogareñas. Este mal es tan común y antiguo que se podría asegurar que en las casas ya nadie tiene ceniceros comprados, todos son robados de algún bar. Esta teoría la puede confirmar cualquiera si le pregunta al mozo que los atiende en este momento. Él les dirá. Si no, hagamos una prueba: ¿quién recuerda el origen de sus propios ceniceros, eh? Quizás el inconsciente haga trampa y el tipo asegure no recordarlo o, en su defecto, atribuya su presencia a una tía solterona que anduvo de viaje por Europa y lo trajo de souvenir. No será cierto. Los ceniceros de todo el mundo son robados. Yo mismo tengo uno que dice Ferro Quina Bisleri y no sé cómo llegó a casa.

Dictamen

Los muertos pierden sus zapatos. Siempre, dentro del auto del accidente fatal o en la banquina, están los zapatos. Los que se encargan de dictaminar las defunciones no toman el pulso ni miran las pupilas, sólo miran los pies.

De un saque

Me caí. En plena calle, corriendo un colectivo. Hace mucho que no me caía así. Caí seco, duro, de un saque. En un último instante, el instinto hizo que amortiguara el golpe con la rodilla derecha, la mano derecha y el brazo izquierdo. Me paré para seguir corriendo y, apenas puse el pie en el estribo, me mareé. Ni podía decirle al chofer a dónde iba. Apenas pude confirmar que mi hija había subido y estaba sujeta de algo. El brazo quedó tieso. Se mueve con mucha dificultad. No está quebrado, si lo estuviera no podría escribir estas estupideces. Mi cabeza funciona raro. De lo único que se ocupa es de tratar de recordar cuándo fue la última vez que caí así, seco. Y no estoy seguro, creo que sólo he tenido caídas similares en la canchita frente a la escuela, cuando mi infancia amenazaba con desaparecer. Alguna zancadilla artera, que hacía que la nariz terminara enterrada en el barro. Me duele el brazo, pero más me duele no poder insultar a nadie. Que no hay un pibe atrás mío responsable de la caída, que mi infancia ya no exista, que no haya a quién reclamarle el tiro libre.

¿Tendré que dejar de fumar?

Las tres de la madrugada de un viernes frío. No hay nadie en la calle y encontrar un kiosco abierto es difícil. Justo a la vuelta de la manzana encuentro uno, el único. Una especie de bolichito que tiene las rejas cerradas y la puerta abierta. Adentro hay unos cuatro o cinco tipos, más o menos de unos treinta años. No es muy difícil suponer que hay cuatro que le están haciendo compañía a uno hasta que cierre. Ese se acerca, le pido un Phillip y le paso un billete. Mientras va a buscarlos, miro la calle. A unos veinte metros hay una moto en la vereda y un hombre cerca de ella. Otro, con un casco negro puesto, viene caminando hacia el kiosco. Renguea. ¿Viste lo que me pasó?, me pregunta. Está muy en pedo o drogado. No. Te cagaste un golpe, parece, le digo. ¡Sí, loco!, me contesta. Sin sacarse el casco, le pega el grito a alguno de adentro: ¡Albertoooo, atendeme loco! El del kiosco me trae el Phillip y me empieza a dar el vuelto. ¡Albertooo!, insiste el del casco. El que atiende le pregunta si quiere algo. ¡Claro, boludo! ¿Qué pensás, que es un asalto? Hay mucha gente para un asalto, dice, mientras saca una pistola del bolsillo izquierdo de la campera. Apenas deja que la veamos y la vuelve a guardar. No seas güevón, te vas a matar de un golpe o de un cuetazo, boludo, le digo sin pensar y con la más estúpida inconsciencia, como si el pedo que carga se lo hubiera agarrado conmigo. Sí, loco, me contesta, y vuelve a gritar hacia adentro: ¡Albertoooo! Me voy. Los primeros cincuenta metros los camino normal, los siguientes ciento cincuenta los hago apurado. No tengo nada encima. Apenas el paquete de Phillip, el vuelto, un jean viejo que se me rajó en el culo, una campera que ya hace rato no debería usar más, un par de zapatillas que tendrán unos siete meses de uso. No me cruzo con nadie. Ni siquiera un auto. Hace un frío de mierda. Caminar rápido me agita. Tengo que dejar de fumar.

Causa y efecto

¿Uno puede envejecer cincuenta años en diez minutos? Sí. Acabo de comprobarlo. Basta con que el celular de tu hija esté apagado y no sepás dónde carajo se ha metido. Cuando atiende, el resto de los devenires de la vida parecen una verdadera estupidez. A eso se le llama angustia.

A corto plazo

La verdad es esa: no tengo idea. Voy a hacerme una remera que diga eso. Estoy cansado de contestar siempre “no tengo idea”. No sé por qué la gente necesita que uno le ande contando sobre sus deseos o sus planes. En diciembre, cuando me preguntaban dónde iba a pasar las fiestas y con quién, respondía “no tengo idea”. Después me tuve aguantar “y, ¿te vas de vacaciones?”. ¡No sé! ¡No tengo idea! Ni la más puta idea tengo. ¿Qué gana el mundo con saber qué carajo haré con mi vida mañana, eh? Nada. No gana nada. El otro día me preguntaron: “Y a vos, ¿qué te gusta hacer?”. Eso me preguntaron. Una pregunta muuuy amplia. No sé qué me gusta hacer. Depende. Cuando me dan ganas de ir al baño, me encanta ir. Cuando tengo hambre, me gusta comer. No me ha quedado mucho tiempo libre para pensar qué me gusta. No estoy confundido. No tengo ningún trauma. Voy a una psicóloga cada tanto. Ocurre que no sé qué voy a hacer mañana, ni en las fiestas. Ni en las vacaciones, ni el puto fin de semana. Y no me preocupa no saberlo. Más aún, no quiero saberlo. Prefiero sorprenderme. Soy un tipo a corto plazo. Además, quienes te preguntan lo hacen como excusa para hablarte de sus certezas. Te van a refregar que pasaron la Navidad con cincuenta y cuatro familiares y que se van a Pinamar un mes. Que les gusta tirarse en parapente y una vez por mes van a Buenos Aires a comer tallarines a Pippo. No sé qué voy a hacer mañana. No tengo ni idea. Ni pasado, ni la semana que viene, ni en el dos mil y pico. No sé qué voy a comer durante los próximos veinte días ni con quién voy a estar. ¡No lo sé! Mi cabeza no tiene mucho espacio ni capacidad para tanto. Apenas tengo un par de sueños, dos o tres ideas, unas cuantas ganas, no mucho más. Eso sí, no las tengo en la cabeza. Las tengo en las tripas y no las voy a ir diciendo por ahí para que anden hablando los que se van a la playa con la suegra.

Eso somos

Encontrar un reparo, escapar del frío, meter algo al buche, encontrar hilo y aguja y comenzar a zurcirse las pilchas para remendar los rajones y los sietes con las manos moradas y sucias. Eso somos, un montón de zurcidos, sólo que a algunos no se les ven las costuras.

Inconsciente

La ene del medio, ese es el problema. Me salteo la ene del medio como si no existiera. La primera y la tercera las tengo claras, presentes, pero la del medio me la olvido. Frankenstein. Quizás sea porque en el medio, muy en el centro, muy metida adentro, está toda la monstruosidad.

No son gran cosa

Algunos creen que el destino está escrito. Que en algún lugar hay un enorme bibliorato donde figura el día y la hora de nacimiento y de muerte de cada uno. Entremedio de estas dos fechas, y en no más de dos carillas en el caso de las vidas intensas, hay un bosquejo de lo que será el transcurrir por este mundo. Allí únicamente se detallan hechos de importancia que moldearán la personalidad o que influirán en el ánimo del fulano o la fulana. Ejemplo: “Nace a las 4.30 del 24 de octubre de 1975. A los 3 años se cae y se hace un tajo en la ceja derecha. A los 14 tiene su primera novia. A los 14 y 2 días sufre su primer desengaño...”, y así. Casi todas las historias del bibliorato se parecen. No son gran cosa, por más que sus protagonistas estén convencidos de lo contrario.

Instante

Tendría que haber algo, alguien, una inteligencia superior que te advierta: “Viví este momento con intensidad y grabá cada detalle en tu memoria porque será único e irrepetible”. Pero no hay nadie que te avise.



Los paisajes

Madrugada

La vida se resuelve siempre a las dos de la madrugada. Las dos de la madrugada es una frontera, un ahora. Todo se define a esa hora. Ocurren las mejores historias. Se escriben las mejores. Las mejores terminan en ese instante. Los mejores polvos comienzan a las dos de la madrugada. Los anteriores son demasiado urgentes y los posteriores apenas un consuelo. A las dos de la madrugada se concentran todos los olvidos, los encuentros, los reencuentros. Los amores eternos empiezan allí y allí terminan. A las dos de la madrugada se es muy feliz o se está muy triste. Jamás indiferente. A las dos, los borrachos ya lo están y los sobrios se han dormido. A las dos de la madrugada es cuando los suicidas se suicidan, los asesinos matan, los ladrones roban, las madres se embarazan, los amantes gozan. A las dos de la madrugada ocurre todo lo que vale la pena. Todos los que valen la pena se mueren a esa hora. A las dos de la madrugada, las mujeres bellas son más hermosas porque, por un instante, son posibles. Pero sólo a las dos. Luego las vuelve a invadir la indiferencia. Sabemos que hemos dejado de ser niños la primera vez que nos sorprende despiertos las dos de la madrugada. Sabemos que ya somos muy viejos cuando nos quedamos dormidos antes. Ahora, que ya la juventud es un territorio difuso y lejano, tengo el despertador puesto a la 1.55 para evitar cualquier riesgo. No soportaría estar durmiendo a esa hora. Las dos de la madrugada es la única hora posible. Todo lo que merece que ocurra, ocurre en ese instante. Ni antes ni después. Por eso, por todo esto, no me llamen a esa hora. Estaré ocupado.

La estación de las manzanas

El otoño se parece a la nostalgia. Y huele a manzanas. Cuando niño, en un campo detrás de donde vivía, había una plantación de manzanos. Eran árboles viejos y descuidados e igual se cargaban de frutas que maduraban en el otoño. Las manzanas caían sobre un terreno húmedo, acolchado de hojas cobrizas y amarillas. Eran casi siempre mañanas brumosas y atardeceres fríos. Yo me metía al campito para juntar manzanas y, a pesar de que al dueño lo conocía, prefería hacerlo sin permiso. Eso aumentaba el encanto. Muchos años después, cuando tuve a mi primera hija, volví a hacer lo mismo. El destino quiso que regresara a vivir casi en el mismo lugar, con el manzanar a mi espalda. A pesar de que ya había madurado (al menos eso creía), el aroma, las hojas y la cosecha furtiva tenían el mismo encanto que en mi infancia. No recuerdo un lugar mejor que ese, a pesar de que había una profunda sensación de melancolía. Lo que no había era urgencia. Hoy, en las tardes de este otoño que se sospecha, quisiera caminar por allí. Solo, o mejor no tanto. Extraño ese aroma, el suelo lleno de hojas, la bruma, la nostalgia sin sentido que ahora puedo entender.

De ñire

Deseo que sea una nieve seca, en polvo, suficiente. Que haya leña cortada debajo de los aleros de las casas del Alto. Que esté picada, seca. Que sea bastante, de ñire. Que haya bolsas de nylon para tirarse en las barrancas y una palangana con agua caliente para los pies morados de frío. Que haya que caminar por gusto, pero que no sea necesario. Que haya guerras de bolas de nieve, de risa y sin llantos. Que no haya casas sin harina, levadura y grasa. Que no haya nadie sin casa. Que sea, al menos esta vez, una nevada justa.

Agrostis Capillaris

Donde parece no haber nada, donde nada crece, justo ahí. Por debajo viene, con brutas raíces que no saben hacer otra cosa que pechar y pechar, meta que meta. Por arriba parece todo muerto, por debajo viene dale que dale. Verde de pronto, amarilla al primer frío, como si muriera pero no. Ni agua necesita, con la esperanza le basta. En la tierra árida, entre las baldosas, en las hendidias, entre las rajaduras del pavimento, tira sus brazos y vuelve a enraizarse, una y otra vez. Yuyito bravo, imbatible, inmortal, infatigable. Irreverente. Impiadoso a veces y otras indispensable. Así es ella, la chipica. Como algunas mujeres, como algunos hombres.

Giran y giran

Vuelan en círculo, los jotes. Primero uno, luego otro, después todos. No mueven las alas ni un poco. Se dejan llevar por el aire caliente y lo manejan a su antojo. Algo hay ahí, detrás de los árboles, entre los yuyos crecidos. Algo hay, muerto. Algo grande. Los jotes no se molestan con pequeñeces, esas se las dejan a los chimangos. Ellos eligen sólo lo grande, una vaca, un chivo, un perro, un hombre. Giran y giran. Algunos bajan detrás de los árboles. Están desde el amanecer y estarán hasta que caiga el sol. O hasta que se termine.

Nocturna, a lo lejos

Desde la oscuridad del camino, la luz que se escapa por una ventana es la sensación más intensa de hogar que conozco. La que más me conmueve. Siempre fue así. Desde que era un niño. La imagen más emocionante que tengo guardada es así. Nocturna y con luces a lo lejos. La de un viaje de regreso a mi pueblo, cuando termina la última cuesta y, de pronto, aparece lejana la ciudad, iluminada, con esas luces que se multiplican reflejadas en el lago. No hay una sensación más profunda de hogar, de pertenencia. De regreso. Las luces lejanas de los pueblos, vistas desde la ruta, siempre me han producido eso. Quiero estar ahí, cenando con alguien. No hay mejor lugar que ese. Recuerdo, siendo muy chico, volver en tren a casa con mi tía. Mirar por la ventanilla las luces de los departamentos. “Allí hay alguien que está feliz”, pensaba. Sigo sintiendo eso. Me gusta mirar las ventanas iluminadas. De vez en cuando, creo sentir que una de esas ventanas puede ser la mía. Y pienso que si es así no cerraré la cortina esa noche. Puede haber alguien mirando desde lejos.

Mientras desea

“Quiero...”, dice, y describe su deseo. Lo pinta con detalles, cuidadosamente, para que no haya dudas de qué es lo que quiere. “Quiero...”, repite mirando el mar, mientras el sol la hace morena dos veces. Se ríe mientras desea, sabiendo que parece absurdo. Se ríe de lo absurdo, pero pide con firmeza. “Quiero...”, dice un día, dos días, tres, cuatro... Y finalmente el mar se lo concede. Un caracolito nacarado “de este tamaño, con un agujerito acá, para hacerme un colgante”. Se ríe cuando lo encuentra en la arena mojada. Como una niña se ríe. En su última tarde en la playa se ríe. Morena dos veces. Feliz como una niña. El mar se ha rendido. Ya somos dos.

El mar espera

El mar siempre tiene el color del cielo. Azul y azul, gris y gris, rojo y rojo, blanco y blanco. Y el mar refleja a quien lo mira. Encrespado, calmo, violento, melancólico, enérgico, pacífico, falso, cruel, opaco. El mar espera y sabe que en los regresos no reflejará lo mismo. Otro, otra, será quien lo mire porque nada es igual para siempre. Ese, esa, será distinto, distinta, y el mar lo sabe. Sólo a los que vuelven igual, a los que no cambian, el mar no les devuelve su imagen. El mar no tiene color. Apenas refleja. Y cada uno sabe cuál mar es el suyo.

Del fuego

Llueve en la ruta. La mente se dispara: ¿dejé leña suficiente debajo del alero? El pensamiento es absurdo. Hace doce años que no prendo fuego para calentarme, que vivo en una ciudad, en un departamento, que hay gas natural. No reniego de la comodidad ni olvido las dificultades del fuego, aquellas que nada tienen de pintorescas, pero no puedo evitar la nostalgia, la necesidad de las llamas, el chisporroteo de los troncos ardiendo. La calma del fuego.

A todo eso

Uno extraña todo. El color, el reflejo, la sensación de inmensidad y de ausencia. Pero también uno extraña el olor. El lago huele. Huele profundo, intenso. Nada huele igual. Ese olor no se parece a nada. Es difícil describirlo. ¿Olerá a azul, a reflejo? ¿A inmensidad y ausencia? Sí, a todo eso huele.

Diez limones

Subí a la terraza. Hace mucho que no vivía en un lugar que tuviera terraza. Creo que el último fue el edificio donde estaba el departamento de mi abuela, que siempre olía a tostadas. Desde esta terraza de ahora veo, en el patio del vecino, un limonero. Está repleto. Cargadísimo. Hubo una época en que con mis compañeros de primaria dedicábamos gran parte del tiempo libre a robar fruta. La que fuera, de acuerdo a la estación. Ciruelas, peras, manzanas, cerezas, hasta nueces. Me tenté cuando vi los limones. No fue una idea malvada, delincuencia. Fue un pensamiento natural, intenso. Después pensé que no sería correcto andar por los techos robando limones. No sería maduro. Lo único maduro eran los limones. Me traje diez.

La memoria del cuerpo

Llueve. Un aguacero impiadoso. No recuerda la última vez que se mojó tanto, su cuerpo sí. El lomo está arqueado, la cabeza gacha. El cuerpo tiene memoria. Aprendió esa postura siendo niño, con las mañanas frías de gotas gordas, casi copos. También con las gotas gordas de la adolescencia, que caían de frente y no de arriba y reventaban en la cara, mientras él corría por la ruta sin mucha lógica. Igual a aquellas en la ruta, mientras hacía dedo para llegar alguna parte. Llueve. Como aquella vez, enterrados en el barro hasta la rodilla. O aquella otra en medio de la ciudad, sabiendo que ese traje barato ya no serviría más. La lluvia en pleno invierno, en el mar. No existe lluvia más fría y violenta que la del mar, la piel arde, quema, duele. O aquellas, cortando leña en plena noche, pensando cómo hacer después para que arda rápido en la cocina y caliente la casa en donde están la niñita y su madre, tiritando de frío. Llueve. Se cae el cielo. El lomo arqueado, las cejas chorreando, el barro hasta los tobillos. Siempre ha llovido. Desde hace diez, veinte, cincuenta años. El cuerpo tiene memoria. De pronto, llueve como si no quisiera. Una gota, dos gotas, cinco, ninguna. Y otra vez una, cinco, nada. Llueve. Apenas llueve. Como un nudo en la garganta llueve.

Lloran más

Los humildes lloran más gordo, más húmedo. Lloran más. En los andenes y en los velorios, más. Con lágrimas espesas lloran. Por los que se van y por ellos mismos. Porque los humildes lloran por el desamparo. En los velorios lloran porque tendrán una ausencia eterna. En los andenes, porque la despedida puede ser para siempre. La distancia de los pobres no se mide en kilómetros sino en plata. Y plata nunca hay. Entonces el tiempo del adiós es incierto y puede ser definitivo. Los humildes lloran más. Lloran gordo y mucho. Se abrazan más y no sueltan, no quieren. La ausencia es de los pobres. Y las lágrimas.

Lo poco

El pago escaso, y multiplicarse e inventar cualquier cosa para sumar un poco más. Es como llevar agua del arroyo al tanque con un balde agujereado. Uno termina pidiendo disculpas por no poder más. Por no lograr llevar más agua y llenar el tanque. Termina uno cargando la culpa. Eso es lo macabro, lo que desgasta. Lo injusto.

Mis tres cosas

Hoy, con este sol que presagia la primavera, sería buen momento para emprender el viaje. Juntar mis tres cosas importantes y salir, sin adioses ni rumbo. Hoy, en este día sin viento ni nubes, sería un buen momento para respirar profundo y comenzar a andar, volver a andar. Por enésima vez volver al camino. Ahora, justo ahora, antes de que comience a caer la tarde. Ir al sur, siempre al sur, o tal vez hacia el este, siempre al este. Sería un buen momento, pero ya no podría partir. O podría irse una de mis partes. Las otras quedarían ancladas aquí, enraizadas. Entonces no emprenderé el viaje. No ahora. Puede que algún día vuelva al camino, cuando todas mis partes decidan acompañarme. Cuando vayamos juntos. Sin rumbo, pero juntos.



Los pasajeros

El de al lado

El colectivo de la una y media de la madrugada va siempre lleno. Son los que perdieron o jamás llegan al expreso de la medianoche. Hay cuatro tipos que se duermen al instante y tienen pesadillas. Hay una mujer que teje y otra que manda mensajes todo el tiempo. Hay un viejo de setenta que se olvidó de jubilarse y un pibe de dieciocho que sale de su primer trabajo. El chofer es el mismo y no hay vez que no se duerma mientras maneja. El micro se sale de la ruta en la curva de kilómetro 8 y mueren más de la mitad y los sobrevivientes quedan tullidos, cuadripléjicos o desmemoriados. Yo escribo por ellos, para que no olviden, aunque las manos que uso no son mías sino del pasajero de al lado.

Mercedes Ávila

Mercedes Ávila es un señor. No hay errores. Tiene ochenta y siete años, una jubilación que parece una victoria y “cincuenta años trabajando en la finca”, dice. Es el abuelo de muchos nietos, el padre de muchos hijos, el compañero de toda la vida de una misma mujer, tan abuela y jubilada como él. Dice ser puntano de origen y haber llegado a El Martillo hace medio siglo. Tiene los huesos cansados, la piel arrugada, los ojos claros y la mente fresca. También una sonrisa y algunas lágrimas. Está flaco y quizás siempre lo estuvo. Le gusta contestar lo que se le pregunta. Contesta con entusiasmo sobre lo que sea, al menos con un “y bue...”. Me lo crucé hoy a don Mercedes. Le tuve que preguntar el nombre dos veces y dos veces me contestó. Mercedes Ávila, me dijo, Mercedes Ávila. Y me acordé de mi vieja. O de mi viejo, no estoy seguro. Quizás me acordé de los dos. O tal vez de aquel que todavía no soy.

Inversamente proporcional

La mujer tiene unos 60, la ropa gastada, varios kilos de más y una tintura barata que ya no alcanza a cubrirle las canas. Es temprano y camina junto a una amiga. Se viene riendo. Ríe fuerte, a carcajadas. Ríe y no para. Se ha tentado. Ríe y le faltan casi todos los dientes, pero ríe sin complejos. Sus ganas de felicidad son inversamente proporcionales a su dentadura.

Los señaladores de mi amigo López

Todos los libros tienen señaladores. Los doscientos. Cada uno tiene su marcador. Muchos están ahí marcando algo. He revisado ambas páginas buscando el párrafo en donde la lectura había quedado subrayada de forma secreta. Creo que nunca las identifiqué. Apenas sospeché algunas cosas. Pero en todos, todos los libros, hay un señalador marcando algo. O, en todo caso, olvidado ahí. Es más, los señaladores fueron evidentes objetos de colección. Fetiches. Propagandas de librerías y de libros, pero también boletos de colectivo, comprobantes de cajeros automáticos. Hasta algún boleto de un tren de Madrid. López me honró con la tarea de escribir un señalador para uno de sus libros. No de los que compró, sino de los que escribió. Bromeábamos con eso. Decíamos que yo no había publicado jamás un libro, pero que en señaladores era todo un experto. Ahora, que tengo una gran parte de su biblioteca en mi casa y la otra en la casa de Oscar (otro de sus amigos), me entretengo leyendo las páginas señaladas de cada uno de los doscientos libros. Y también los libros. Herencia, le llaman.

Los ciegos de París

René Robert murió congelado. Había dedicado sus 84 años a mirar y ver. A fotografiar. Nació en 1936 en Friburgo, Suiza, y su carrera transitó por el ambiente de la publicidad y la moda, aunque su pasión y el reconocimiento fueron por sus retratos del mundo del flamenco. Entre la noche del 18 y el 19 de enero de 2022, mientras caminaba cerca de la Plaza de la República, en el centro de París, donde vivía, tropezó y cayó al suelo. Estuvo nueve horas tirado allí, mientras los peatones pasaban junto a él. Michel Mompontet, periodista y amigo del fotógrafo, contó que “estuvo solo, en el suelo, consciente, al menos durante las primeras cinco o seis horas en uno de los barrios más concurridos de París sin que nadie viera oportuno intervenir”. Nueve horas después de la caída, pasó caminando Fabienne, la única parisina que se detuvo a ayudarlo. René Robert, que había vivido mirando y viendo, ya había muerto sin ser visto, congelado, en el centro de París.

No van, no vienen

Carga cuatro bolsos grandes. Dos los lleva en bandolera. Los otros cuelgan de sus manos. Pesan y se nota en la tensión de su cara, en todo el cuerpo. Ya es más de la medianoche y el hombre camina hacia alguna parte. Debe tener sesenta o más. Algo gordo, un tanto barbudo, bastante canoso. Junto a él va un niño, quizás de ocho, no más de diez. Van en silencio. No van de paseo, no vienen de descanso. Se les nota en las caras, en los cuerpos, en el silencio en que caminan sin mirarse. Van por la vereda norte de la avenida, que ya es casi ruta. Van hacia el oeste. Puede que vengan de una pensión o una casa desalojada. O anden buscando una. Se pierden de vista. Al rato regresan. El hombre viene con los dos bolsos en bandolera y otro en una mano. El cuatro lo lleva el niño y el bolso choca con sus piernas a cada paso, hace que su andar sea torpe, inseguro, titubeante. Caminan sin mirarse, sin cruzar palabra, sin un gesto. Ni uno solo. Y van por la misma vereda norte, pero ahora hacia el este. Sin rumbo van. Desolados.

El beso del basurero

Todos los días, como a las tres de la tarde, el tipo sale de su casa. Lo hace por un portón, que seguro es la salida de un pasillo o da a un departamentito en el fondo, que seguro alquila, que seguro es caluroso y mal ventilado. El tipo sale a las tres en punto. No va solo. Una muchacha más joven que él lo acompaña. Se quedan un rato en la vereda, junto al portón. Hablan, se miran, se acarician, se besan. Un rato largo, como si fuera la despedida de una ausencia casi eterna. El tipo tiene pantalón de trabajo, camisa de trabajo, zapatones de trabajo. El sol le hace brillar las franjas de la camisa, esas que sirven para que no lo atropellen los impiadosos. Ella está bonita, joven. Él, un poco gordo, casi mucho, vestido de trabajo. Están un rato largo allí, hasta que el último beso es más largo que todos. Después él se va y ella vuelve al pasillo, al departamentito caluroso. Una hora más tarde, quizá dos, pasa un camión recolector de residuos. Colgado atrás, o corriendo, o saltando de mugre en mugre, va el tipo. Suda, corre, revolea la mugre, se cuelga, sigue corriendo. Revolea la basura de sus vecinos y la suya propia. No mira al portón. No se lo permite. Puede que tema querer quedarse, dejar de correr, de treparse, de rebolear mugre. Todos los días es la misma ceremonia: el portón, los besos, el adiós, el camión, la basura. Vaya a saber a qué hora concluye su jornada, lo que no es difícil imaginar es su regreso, oliendo a basura de otros. La muchacha, más joven que él, ayudándolo a sacarse la pestilencia, meta espuma y besos. Hay algo conmovedor en el hombre, algo en ella, algo en ellos. En sus actos y sus gestos. Así siempre, todos los días, repitiendo la ceremonia.

Lógica

Una camioneta 4 x 4, último modelo, avanza rápido por la ruta polvorienta del desierto hacia La Cienaguita. Un anciano camina adelante. Va lento, muy encorvado, con una chupalla cubriéndole el rostro arrugado. El conductor disminuye la velocidad y se detiene junto a él. Baja la ventanilla y el aire fresco del interior se choca con el infierno de afuera. Suba abuelo, que lo llevamos. El anciano levanta la cabeza y responde: ¿Para qué?

El testigo

Yo les dije que ya estás muerto, amo, pero no me entienden. Dicen que vienen a tratar de averiguar lo que yo podría contarles con detalles. Les diría que hace un rato apareció un hombre que olía igual que los malvones de la otra cuadra. Que sus manos olían al sexo de su mujer. Igual a como olían las tuyas. Les contaría que gritó tu nombre. Que yo ladré enfurecido, como corresponde. Que abriste la puerta, que él te empujó, te dijo algo que no entendí y que sentí un ruido fuerte que retumbó cien veces en mi cabeza, como si fuera Navidad. Que después corrió. Que tiró el revólver en el patio de al lado y que ellos no ven ni encontrarán jamás. Van a venir a molestarte, lo lamento. Me gustaría que me dejen algo para comer y me llenen el balde con agua fresca antes de irse. Al menos espero que no limpien tus sesos, que han quedado esparcidos por el suelo y tienen un gusto ácido. Creo que ellos no se preocuparán por eso. Están muy intrigados en saber aquellas cosas que yo podría contarles. Como vos sabés, amo, los hombres no ladran.

Tu comienzo

Además de todas tus partes, además de vos completa, yo empiezo casi siempre por amar tus pies. No sé cómo explicarlo. Quizás sea porque es tu comienzo, tu inicio, tu línea de largada. Tal vez sea porque con ellos llegaste, porque con ellos te plantás frente a mí, te acercás a abrazarme. Puede que sea porque en ellos siento tu cansancio y también tu libertad. Amo tus pies, cada uno de los dedos de tus pies, la planta, el empeine, el talón y hasta el tobillo. Los amo porque es el portar de ingreso a la conquista de todo el territorio y un ejercicio de paciencia, de calma. Los amo porque sí. Porque son tuyos.

Detrás de la ventana

Camino y veo a un viejo detrás de la ventana. Mira la televisión. Mira, pero no. Juega a la rayuela, se enamora por primera vez, se va de la casa de sus padres, besa a su primer hijo, se mueren sus padres, se jubila, compra un bastón. Veo un viejo detrás de la ventana. Me ve. Ya no me ve.

Prolijidad

Meticuloso, como siempre, se levantó a las 6.50. Desayunó dos tostadas untadas con manteca, apenas la punta del cuchillo. Medio vaso de jugo y un café suave (mitad café, mitad leche), con dos gotas de edulcorante. Se afeitó a contrapelo, para no dejar ni un rastro. La semana pasada, como cada seis meses, se había hecho el chequeo médico. Tenía los resultados sobre la mesa y estaba todo perfecto. Se abrochó el anteúltimo botón (o el segundo, según se mire) de una de las cinco camisas celestes –la que correspondía al martes– y salió a la calle. Caminó media cuadra por el medio de la vereda. Y comenzó a cruzar para tomarse el expreso de las 7.45, como siempre. En la mitad de la calle, un 504 gris le partió las piernas y después la cabeza. Los que tomaron el expreso esa mañana llegaron tarde al trabajo.

Eufemismo

Tiene una despensita en la cuadra. Es morocho hasta los dientes. “Norteño”, dicen los diarios creyendo que es un eufemismo que le corresponde a un jujeño o un boliviano. No es amable, pero tampoco no lo es. Apenas es corto, seco. No mira a los ojos, sino al suelo. Hace un ratito fui a comprarle dos tortitas y me pareció notar una media sonrisa. Son años de sometimiento.

Uno se acostumbra a todo

Hugo es mecánico. Tiene su taller justo abajo del departamento que alquilo. Tiene una edad indescifrable, pero que ya le permite cobrar jubilación y seguir trabajando de porfiado nomás. Trabaja acá y vive en un par de hectáreas más o menos lejos de la ciudad, donde tiene sus durazneros, sus perros, algunos ciruelos, quince hijuelas y una esposa. Antes, en el departamento que ahora alquilo yo, alquilaba uno de los hijos de Hugo. El muchacho, también con esposa y algunas pretensiones más que su padre, solía irse de vacaciones en verano. En esos tiempos de ausencia, Hugo se quedaba a dormir en el departamento para no correr riesgos de robo. Hoy Hugo me decía: “Es terrible el calor que hace ahí arriba. Yo no podía dormir. Para colmo... el ruido de los autos, que pasan todo el tiempo como si estuvieran corriendo carreras. En mi casa no se escucha nada. Apenas algún perro que ladra a la noche y a los pajaritos cuando empiezan a cantar a la mañana. Pero acá arriba, ¡no se puede dormir! Hugo hizo que recordara que yo tampoco podía dormir cuando me mudé. Que me llevó un par de meses acostumbrarme a los ruidos de la calle. Que me costó adaptarme al calor y a la falta de verde, de árboles y de pájaros. Con el tiempo me acostumbré. Uno se acostumbra a todo. Ahora ya ni siquiera recuerdo qué era dormir.

¿Me da fueguito?

Estaba sentada debajo de una pérgola. No hay muchas pérgolas ni mujeres sentadas debajo de ellas en la ciudad. La vi desde la vereda contraria. Yo tenía el pucho prendido. Siempre tengo uno. Me hizo señas con otro pucho, apagado. Tenía más o menos sesenta y la cara me era familiar. Son esas mujeres que suelen estar haciendo cola en las oficinas públicas. A eso se dedican. Me acerqué. “¿Me da fueguito?”, me dijo. Le di. Costó que prendiera el pucho. “Estos cigarros son tan malos que ni fuego hacen”, dijo. Tendría que dejar de fumar... “Ya dejaré cuando me muera”, dijo. Me fui. Se quedó ahí, en el banco, debajo de la pérgola, con el humo dentro del pecho. Para morir siempre hay tiempo.

El mismo

Es siempre el mismo, estoy seguro. El que está delante de mí en el cajero automático y, después de realizar cinco operaciones, se lleva el último efectivo que tenía el aparato. Es el mismo que delante de mí compra cinco variedades de fiambres distintos cortados en fetas bien finitas. El mismo que, delante de mí, se trepa al estribo del colectivo y ocupa el último espacio que quedaba. El mismo que todavía no devuelve a la biblioteca pública el único ejemplar de Niebla, de Miguel de Unamuno. El que trabaja en la oficina pública y cierra la puerta a las 12.55, junto antes de que pueda entrar. Es el mismo, siempre. Es el que, en definitiva, ha marcado mi destino haciendo que me quedara sin dinero un feriado y que pierda aquel colectivo que me hubiera llevado al lugar soñado.

La historia de la máquina de escribir de Auster

Me lo trajo López. López es mi amigo. La otra noche apareció con el librito. Hay que reconocer que yo debí corresponderle con una tira de asado, una entraña, un pedacito de vacío, dos chorizos, tres pimientos, una ensalada mixta. Es cierto que, además del libro, trajo dos vinos aceptables. También es verdad que yo aporté un champán inmejorable. Creo que hablamos de casi todo. Debo aceptar que esa charla quedó un poco diluida entre los efluvios del alcohol pero, aun así, puedo afirmar que fue una conversación interesante. Después de la resaca del día siguiente, leí a Auster y vi las pinturas e ilustraciones de Sam Messer. Me quedé pensando que cada quien escribe lo que quiere, aún de cosas que quizás no sean trascendentales. Lo importante es escribirlas bien. Quizás López haya querido decirme eso. O sólo quería comerse un asado. Extraño a López, sus regalos impensados, sus bromas, su charla. Me quedan sus libros, al menos.

La vida es muy frágil

¿Sabés una cosa, flaco?, la vida es muy frágil y todavía no somos conscientes de eso. Tan frágil que es casi un milagro que hoy sigamos vivos, me decía hace unos años un amigo, médico forense, mientras me permitía estar en la mesa de autopsia con la condición de que no escribiera nada de lo que estaba viendo (un cuerpo joven que hasta la noche anterior era el de un tipo con algunos sueños y un par de angustias). Y sí, la vida es muy frágil. Hay una gran posibilidad de que no llegue al final de este párrafo. Aunque también existe la posibilidad milagrosa de que lo complete. Este y otros más, y otros, y así. Entonces, no importa cuántos sean esos párrafos, sino que este sea siempre el mejor, el único que importe.

Anexo para manual del periodista

Me encontré con un amigo profesor. La charla derivó en la necesidad de definir claramente algunos términos que necesitan una calificación precisa y que ayudarían a los periodistas, especialmente a aquellos abocados al género policial. Aunque también pueden ser aprovechados por los que hacen deportes, política y hasta espectáculos. Todo el análisis surgió cuando el profesor se preguntó: ¿A partir de cuántos fiambres un asesino es serial? La pregunta tuvo una respuesta difusa y se resolvió que lo de homicida serial es un invento de las series de TV. Esto derivó en un análisis mejor y más amplio y ayudará a mejorar la calificación de las peleas. Así se dio la cosa: batahola, ¿cuánta gente peleándose es? Batahola son cinco, sin duda. De cinco hasta diez. A partir de diez ya es trifulca. Quince sería una trifulca de proporciones. Veinte es una batalla campal. Sólo tres es tole tole. Dos es pelea simple. Uno es neurosis.

Sin pasado

Salvo las canas, las tres risas y los dos llantos conservados en las arrugas, no había nada que indicara cuál había sido su pasado. Nada. Las pesadillas de los tres años, el miedo al abandono de los seis, la angustia de los diez, la incertidumbre de los quince, la ausencia de los veintitrés, el desengaño de los treinta y los cuarenta... Nada de eso quedaba en ese rostro que lo miraba fijo, escudriñándolo. Se lavó los dientes, se lavó la cara, se peinó y se acomodó el cuello de la camisa. Ensayó una sonrisa y se fue. En el kiosco le reclamaron cambio, en el café le dieron el café de siempre, en la oficina le dieron los buenos días. Alguien le dijo que lo notaba callado, otro le dijo que lo veía bien, uno más le preguntó sobre el expediente 34.783. Volvió a su casa a las 20.47. Y el mismo rostro lo miró fijo desde el espejo. Nadie se había dado cuenta. Una vez más, había logrado disimular.

El funcionamiento del mundo

No son muchas. Son pocas, casi nadie. Sin embargo existen y puedo asegurarlo. Son gentes que andan por ahí haciendo que la vida funcione. Que se dedican a que amanezca y que caiga el sol. Que se temple el aire en septiembre. Que florezca lo que deba florecer y después dé frutos lo que deba dar. Que llueva lo suficiente y que después deje de llover. Que haya una brisa fresca una noche de enero. Hacen que no se sepa nunca dónde mueren los pájaros. Que el corazón bombee sesenta veces por minutos y que cada contracción sea lo suficientemente fuerte como para que la sangre llegue a donde deba. Que lo malo pase y se transforme en un recuerdo difuso. Que lo bueno no se olvide nunca y sea cada vez mejor. Hay gentes, muy pocas, poquísimas, que sólo se dedican a eso. A hacer funcionar el mundo, las cosas del mundo, aquellas que valen la pena y, más aún, la alegría. A veces fingen y hacen como si llevaran una vida común, que hicieran colas en los bancos, barrieran la vereda y fueran al supermercado. Pero no. Sólo fingen vidas comunes. Se dedican exclusivamente a sostener la vida. Existen. Son pocas. A veces uno se las cruza y, vaya a saber por qué milagro, se quedan en nuestras vidas un rato, un tiempo o, más milagro aún, para siempre. Son pocas, casi nadie. Puedo asegurar que existen. Yo conozco algunas.

Mensajes de cumpleaños

Abundaron los mensajes saludándome por mi cumpleaños. Algunos, de personas que conozco y quiero profundamente. Otros, de gente que no he visto nunca. Algunos me conmovieron y a los otros les agradezco el detalle de tomarse un ratito para saludar. Pero el más conmovedor fue el que me mandó el Ministerio de Seguridad, como lo hace cada día. Con redacción formal, se encargó de anoticiarme que “A las 2.25, en Guaymallén, el oficial inspector R.B recibió un tajo en el cuello, herida que más tarde lo llevaría a la muerte”. También me dijo que “A las 9 encontraron un cadáver en el canal Cacique Guaymallén y que a la misma hora R.G, de 55 años, se cayó de una torre del tendido eléctrico en Lavalle y murió en el acto”. Como posdata, me contó que “A.L., de 75 años, fue encontrado difunto en su casa de Capital a eso del mediodía”. Mientras sucedía esto, mi hija menor improvisaba un desayuno para llevarme a la cama y junto a su hermana se encargaban de entregarme el regalo familiar. Después, hicimos unas bracitas para tirar un pedacito de carne y me tomé un malbec, mientras leía los mensajes de salutación y Google y Facebook me aseguraban que esta existencia mía es determinante para el funcionamiento correcto del mundo. Hace rato que no miro los recordatorios de cumpleaños y, por tal motivo, olvido saludar a todo el mundo. Apenas tengo fijadas las fechas de mis amores muy cercanos. Seguro debo ser un maleducado, pero ya no me surge saludar por costumbre. No digo que eso sea bueno o malo, simplemente no lo hago. Me parece más natural tomarme un vino con cualquiera, en cualquier momento. Finalizando el día, agradezco la atención de todos y de cada uno, pero primero al Ministerio de Seguridad porque logró que disfrutara este día simple, satisfecho de seguir aquí un rato más, mientras veo lo bien que han brotado mis semillas.

Chau Juan

El diario tiene una última página. Muchos empiezan a leerlo por ahí. Arrancan por el final, quizás porque allí estuvieron siempre los policiales. Los policiales, después la quiniela y finalmente los fúnebres. Luego el resto, si es que hay tiempo. Podría asegurar que el que lee el diario de esa forma jamás dejará de leerlo. El mate o el café... y el diario, como rito indispensable para comenzar el día. Hoy muchos no pudieron cumplir ese rito, no pudieron empezar el día. El canillita no llegó. No les tiró el diario por debajo de la puerta, no les gritó su pregón, no los cruzó en la parada de colectivo. Hoy se murió Juan. Juan González. El canillita. Fue una de las primeras personas que conocí cuando llegué a un pueblo ferroviario de mil historias. Nunca hablamos mucho. Apenas cruzábamos datos. Cosas que sólo le interesan a los periodistas y a los canillitas. Juan, como todos los de su especie, son iguales: primero canillitas y después todo el resto. Su vida está organizada a contramano del mundo. Se despiertan cuando otros se van a dormir, se acuestan cuando todos se levantan. Trabajan cuando todos descansan. Van a contramano. Juan se murió hoy. Un día de mañana fría, de tarde soleada, de invierno destemplado, de viento del sur. Hoy, como casi nunca, Juan no salió con su bicicleta rechinadora a pedalear sus veinte kilómetros diarios. Por fin se tomará esas vacaciones que nunca tuvo.

Envidia

Envidio a aquellas personas que no han salido nunca del lugar donde han nacido y que no han conocido jamás a sujetos foráneos. Ellos no sienten la angustia de querer estar en diez lugares al mismo tiempo, separados por miles de kilómetros, compartiendo mates o cervezas con los afectos indispensables. No se sienten desgranados, partidos, impotentes. No deben aceptar con resignación que Adrián no conocerá nunca a Fernando y los dos tampoco sabrán de la Chacha y que jamás compartiremos todos juntos una buena discusión.

Estación terminal



La libretita del huérfano

Si la vida funciona como corresponde, todos nos quedaremos huérfanos algún día. Los padres morirán antes que los hijos. Así debería ser siempre. Soy huérfano. Llegué a este estado en momentos muy diferentes, separados por años. Demasiados. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años y mi padre se fue cuando ya había cumplido los cuarenta y cinco. Cada tanto, cuando revuelvo papeles viejos, en realidad busco algo que puedan haber dejado y todavía no encontré. Hay muchas fotos, algunos dibujos que hizo mamá, casi nada escrito. Quisiera encontrar alguna carta olvidada o, mejor aún, alguna libretita en donde alguno de los dos hubiera escrito algún pensamiento. A veces abro algún cajón y, aun sabiendo que allí no hay nada para descubrir, reviso con detenimiento cada papel amarillo tratando de leer algún mensaje que jamás fue escrito. Si esta época fuera igual a la de ellos, seguramente yo agarraría una libretita y garabatearía alguna cosa para que la encuentren mis hijas cuando yo ya no esté. O pondría una hoja en la Olivetti y teclearía algunos párrafos. Hasta puedo imaginar la charla que tendrían las dos hermanas después de leer esas tres ideas, posiblemente absurdas y sin mucha importancia. Serían algunas cosas que su padre nunca les contó en vida y que quiso que supieran alguna vez. Por suerte para mí, existen las computadoras e internet. Escribir y dejar guardado en alguna parte es mucho más simple y fácil de encontrar. Puedo dejar algo escrito para que ellas lo encuentren. Tengo decenas de recuerdos e ideas que nunca les he contado y que, seguramente, no les contaré. Por eso escribo estas cosas. No me preocupa mucho si son buenos escritos o si a alguien “le gusta”. Tienen otro destino. Es muy posible que no tengan ningún sentido para cualquier otro que nos sean mis hijas. Y si tienen alguno, es sólo ser disparador de los recuerdos de cada quien. Esto es sólo una libretita amarilla que ellas encontrarán alguna vez.

El doble

Entro y lo veo. Es mi padre. Me mira con su eterno ceño fruncido, sus cejas espesas, su cabello ya medio raleado y gris, sus bigotes grises también, su barba casi blanca. Tiene, como siempre tuvo, la piel medio rajada por el sol y la tierra. Lo miro, pero es sólo el espejo del baño. Me parezco mucho a él. No, él era el doble. Dos veces más alto, los pies dos veces más grandes, las manos más grandes, las piernas más largas, los brazos más fuertes. Me parezco a él. Al menos me parezco a ese hombre que recuerdo. No quise parecerme, pero aquí estoy. Se me notan en la cara algunas alegrías y algunas penas, varias ausencias, una que otra esperanza, dos o tres ideas más o menos interesantes, varios olvidos y un par de encuentros. Algunas convicciones, muchas dudas. Noto todo eso en las arrugas de la frente, en las que se forman desde los pómulos hasta la boca, en las comillas de los ojos. ¡La puta!, después de tanto andar buscando destinos, apenas terminé siendo igual a mi viejo. O pareciéndome, porque él era el doble. En todo.

Terapia

Uno es lo que es por lo que ha vivido. Después de todo los psicólogos pagan sus cuentas, compran sus autos y se van de vacaciones, por explicar lo evidente. Y los psiquiatras internan a aquellos que se niegan a entenderlo y después también viajan a playas diferentes. Porque todos sabemos que los psicólogos y los psiquiatras se odian. O se casan y después se odian y crían hijos que le darán de vivir a otros psicólogos y psiquiatras. Uno es lo que es por lo que ha vivido. Y un buen día, ya es suficiente. Que ya ha aprendido, que no hay más que dar. Que es tiempo de ser lo que se es y de ser para uno mismo. Ahora, cuando ya el crepúsculo está cerca de ser una certeza, la plenitud se transforma en un mandato. Y a veces, pocas, uno por fin no está solo. Los psicólogos y psiquiatras tendrán que reducir sus gastos.

Ya

Hoy, ahora, ya mismo, en este instante, hay que brindar más, beber más vino. Ahora mismo hay que dejar todo trunco y salir a juntarse con los amigos. Y abrazarlos sin pudor. Ya mismo hay que jugar con los hijos, hablar con los hijos, besar a los hijos, llorar con los hijos, reír con los hijos. En este instante hay que reírse a carcajadas, llorar a destajo, reír otra vez. Urgentemente hay que salir a caminar sin urgencia. Andar sin rumbo, de puro gusto. Hay que mandar a la mierda a los que lo merecen, querer a los que merecen ser queridos. Y decirlo. Hoy, ahora, ya mismo, en este instante hay que amar intensamente a una mujer hasta que duela, por más que haya un después y duela aún más.

Anotándose

Anótense aquí los tristes, los ajados, los rotos, los cansados. Anótense los perdidos, los encorvados, los gastados, los fracasados. Anótense aquí los tozudos, los porfiados, los remendados, los vividos. Anótense. Un día de estos pasarán lista para decirles que no ha sido en vano.

Ausencias I

Se fueron de a uno. Y de a uno ingresaron en ese espacio extraño, donde el recuerdo es manipulable y se puede transformar en ficción sin esfuerzo. Una ficción bien construida, sin huecos, mejor que la realidad. Ahí vuelven a estar vivos, nos seguimos encontrando según mi capricho. Ahí tienen vidas mejores, aventuras de las que salen siempre victoriosos. Después, mis muertos se quedan descansando hasta que la nostalgia los convoca otra vez.

Ausencias II

Las tengo colgadas en perchas en el ropero. Prolijas, bien estiradas, cubiertas con bolsas de nylon. Algunas se han puesto medio amarillas y otras parecen nuevas todavía. Hay algunas muy gastadas, otras tienen remiendos y también hay algunas rajadas, casi desechas. Más allá del estado de cada una, las he colgado en perchas, bien acomodadas, como si fuera a ponerme alguna una mañana de estas. Algunos coleccionan estampillas, otros latitas, autitos, armas, pipas, botellas... A mí se me dio por las ausencias.

Y pico

Lo grave está ahí, en el “y pico”. Eso es lo complejo, lo tremendo, lo angustiante. Cuando nos separan mil y pico de kilómetros. Cuando mamá murió hace cincuenta y pico de años. Cuando tenemos que pagar ciento y pico de pesos. Cuando el calor es de treinta y pico de grados. Cuando el que se extraña vive a un mar y pico de distancia. Cuando uno se ha ido de su casa hace treinta y pico de años. En el “y pico” hay un avance del olvido. El problema es el “y pico”, una medida sin medida. Infinita, difusa, eterna. Enorme. Una medida de cantidad que puede inflarse hasta reventar, desaparecer sin motivo. Una medida que no existe y existe para siempre.

Lo que nunca dijo

Mientras leo, mientras leía hasta recién, apareció una certeza, una revisión contundente del pasado: mi padre jamás me dijo que me quería. No lo dijo nunca, ni siquiera dijo algo parecido a eso. Mucho menos un te amo. Jamás. Quizás siempre supe que no lo dijo, pero ahora, después de algo que destrabó mi mente, acabo de descubrirlo. O de recordarlo claramente, tal vez de aceptarlo. Mi padre nunca dijo que me quería. De mi madre tampoco recuerdo haberlo escuchado, pero es otra cosa. Mis recuerdos de ella se cortaron repentinamente a mis cinco años, cuando murió, y siempre quise creer que dijo que me quería por más que no lo recuerde. Al menos de ella recuerdo sus gestos, sus bromas, sus cuentos antes de dormir, su arroparme y decirme que me acueste del lado derecho para no apretar el corazón y no tener pesadillas. No recuerdo la frase, quiero estar seguro de que me lo dijo. Al menos al pasar debe haberlo dicho. En cambio, seguro, mi padre nunca me dijo que me quería. Seguro. De él recuerdo otras cosas. Puedo suponer que sus actos de vida son indicio de algo, lo cierto es que no lo dijo nunca. ¿Me pesa eso? No lo sé. No he sido consciente. Recién ahora mientras leo, mientras leía hasta recién, lectura entremezclada de varios libros a la vez y entremezclada con apuntes urgentes como este, me doy cuenta de que mi padre jamás me dijo que me quería. No es gran cosa el descubrimiento, apenas un recuerdo claro, irrefutable. Apenas eso.

Un día

Hoy no he conquistado ningún reino. No salvé ninguna princesa de ningún dragón. No liberé un país, ni siquiera evité que se vuelque la leche que estaba al fuego. No logré textos soberbios ni dije las frases apropiadas en los momentos justos. No perdí ningún brazo en ninguna gesta heroica, ni participé de gesta alguna. No fui mejor que ayer, ni logré la atención de multitudes. Nadie se sintió esclarecido con lo que dije. No dije nada que mereciera no ser olvidado. Hoy apenas me levanté y traté de que mis afectos pudieran comer, estudiar, estar sanos. Apenas pagué algunas de mis cuentas y me costará pagar las demás. Apenas me esforcé por honrar mis amores. No fue ningún día especial. Nada. Ya es tarde, estoy cansado y no queda más que hacer hasta mañana. Antes de cerrar los ojos quisiera sentir que tuvo sentido el día. Eso. Que tuvo sentido.

Mi jardín

Desde niño, con la instrucción paternal pero con cierta virtud que viene desde mucho antes, disfruté crear, cuidar, atender, hacer crecer los jardines. Transformar lo seco en verde, lo mustio en flores, los retoños en árboles. Así fue por oficio, pero también en cada sitio donde he vivido y que, según las cuentas, fueron hasta ahora cincuenta y siete lugares distintos. Fueron los jardines de los patronos, de los dueños del lugar alquilado, de mi padre, de algunos lugares en los que, por un momento, pensé que serían mi espacio definitivo y terminaron siendo una parada breve en el camino. He perdido la cuenta de cuántos jardines han sido pero, puedo asegurar olvidando la modestia, que cuando les dejé estaban más bellos que antes de mi llegada. A veces, como ahora, espero también haber provocado algo parecido en todas las personas que conocí en mi vida y con las que sembré y regué una relación de afecto. Habré fallado en algunas, pero tengo la tranquilidad de que fue por torpe, no por cruel. A muchísimas de esas personas no las volví a ver, pero aún las recuerdo y espero haber logrado aportar algo para que hayan podido florecer. Ahora, cuando todavía y con las mismas ganas de siempre sigo atendiendo plantas, árboles y césped, siento la profunda necesidad de llegar a mi jardín. Al mío. Ver cómo se embellece la madreselva, cómo revienta de flores primavera tras primavera. Ver al limonero dar limones, al almendro almendras, al malvón sangre en pétalos, a los lupinos mil colores. Quisiera, deseo, ya no tener que irme. Y que nadie se vaya.

Declaración

Declaro muerta mi parte muerta. A mi parte yerma, mi parte triste, mi ausencia, mi angustia, a esa parte la declaro extinta. La declaro definitivamente inútil, sin espacios que ocupar, ni tiempos. La declaro muerta, incinerada. Cenizas de la nada. Declaro muerta mi parte muerta. A cambio, en ese mismo espacio ahora declaro viva una melodía desconocida, una mirada. Declaro viva una sonrisa, una risa, una carcajada. Declaro vivo los ojos marrones, los pies descalzos, el aroma a pan recién horneado, a transpiración de madrugada. Declaro vivo todo. Hasta a mí parte muerta declaro viva. Y así, otra vez.

Bagayito

Voy a armar mi bagayito. Meteré allí mis tres ideas, mis diez recuerdos, los tres libros que releí cincuenta y tres veces, mi llavero con el cencerro y el estribo... pero sin llaves, mi camisa celeste de cuello gastado, mi mate y mi pava, la lata de la yerba, mi morral, aquella vez que me fui para siempre, aquella otra que llegué creyendo que no me iría, mi atardecer de abril, mis ojotas con olor a lago, mi cicatriz de la espalda, mi dedo chueco, la manta pampa, mi reloj, la madrugada de diciembre, aquella vez que escuché a Serrat como si no lo hubiera escuchado nunca, todos mis olvidos. Ataré las cuatro puntas de mi bagayito, me lo echaré al hombro y saldré a buscarte. Te aviso para que vayás armando el tuyo. No es cuestión de retrasarse. Es mejor que el amanecer nos encuentre andando.

Si no despierto

Si fuera a morir mañana, si no despierto, si por alguna razón llego al final sin saberlo, quisiera aprovechar mi último rato de insomnio. Quisiera contarles el último cuento improvisado a mis hijas, antes del beso y las buenas noches. Y luego, como de costumbre, quisiera controlar su respiración mientras duermen. Quisiera tomarme unos mates con mi amigo de la infancia. Decirle que ya no recuerdo por qué nos distanciamos. Agradecerle las noches en vela, los delirios, aquella borrachera de madrugada. Y a cada uno de mis amigos quisiera dejarles en claro que he sido mejor gracias a ellos. Si no despierto mañana, quisiera ahora mismo escribir tres ideas, bien escritas. Una síntesis, un resumen, algo que merezca ser leído y después que ya no importe. Si me fuera a morir mañana, si ya no volviera a amanecer, quisiera agradecer a los que me han querido. A las que me han querido alguna vez. Y si esta fuera la última noche, quisiera que te durmieras a mi lado. Porque ese sería el primer motivo para no morir todavía.

Debe y haber

No es gran cosa. No es muy diferente a tantas. No ha sido más dura ni más simple que tantas. Gané y perdí. Perdí todo muchas veces y otras tantas empecé otra vez. Soñé, concreté y lloré por los sueños rotos. Y volví a soñar. Amé, dejé de amar y volví a amar otra vez. Dormí en la calle y en habitaciones tibias. Se me arrugaron las tripas de hambre y me dolió la panza de tanto comer. Me emborraché y bebí con elegancia. Me apasionó mi trabajo y trabajé a desgano. Lloré a mis muertos, les dije adiós y ya no me duelen. Contraje deudas, las pagué y también quedé debiendo, pero no las olvidé y aún me las reprocho. A veces logré cubrir mis urgencias y otras no. Me dormí mil veces solo y otras no dormí. Me desvelé pensando en vos y antes, en otras y otras veces, no tuve por quién desvelarme. Y acá estoy. Soy este. Imperfecto. Casi siempre de bolsillos flacos. No compro amores, no extorsiono, no juego a las escondidas. No finjo. No sirvo para el engaño y mis defectos están al aire. Sueño con mi felicidad, la tuya y la de todos. Acá estoy, así soy, este es y será el resumen de mi vida. Y sería todo un detalle que coincidiéramos el resto del camino.

Nada

Y un día otro que no seré yo, escribirá sobre mí y apenas recordará alguna insignificancia que ya he olvidado.



ESTACIÓN DE PARTIDA

- 8 **Heini**
- 9 **El huevo de la mentira**
- 10 **Cinco minutos**
- 11 **El olor**
- 12 **El boletín**
- 13 **Al pueblo**
- 14 **El 18**
- 15 **Uno de los suyos**
- 16 **El picado**
- 17 **El lado izquierdo**
- 18 **Coleccionista**
- 19 **Todo se tira**
- 20 **Los libros con gusto a turrón**
- 21 **No me sueltes la mano**
- 22 **Bucaneros**
- 23 **Kartoffelpuffer**
- 24 **Un juego, un desafío**
- 25 **Sin mirar**
- 26 **Lo que soy**

EL EQUIPAJE

- 28 **Lo que aprendí**
- 29 **Quisiera avisarles**
- 30 **Runrunes**
- 31 **El permiso**
- 32 **La promesa**
- 33 **Perfume**

- 34 **La lección**
- 35 **Pasar lista**
- 36 **Una charla**
- 37 **Lucecita**
- 38 **ADN**
- 39 **Caminar pensando**
- 40 **Uno que escribe**
- 41 **Esos miedos**
- 42 **Inmutable**
- 43 **La ignorancia, esa gran virtud**
- 44 **Entusiasmados**
- 45 **Engaño**

ESTACIONES INTERMEDIAS

- 47 **Yo también robé**
- 48 **Mitad y mitad**
- 49 **Lo mismo**
- 50 **Para no olvidarlo**
- 51 **Cuarentena**
- 52 **Y punto**
- 53 **Todo junto**
- 54 **Roli**
- 55 **Ni tiempo ni espacio**
- 56 **Recordé**
- 57 **52**
- 58 **Columpiando a Sara**
- 59 **Ceniceros**
- 60 **Dictamen**

- 61 **De un saque**
- 62 **¿Tendré que dejar de fumar?**
- 63 **Causa y efecto**
- 64 **A corto plazo**
- 65 **Eso somos**
- 66 **Inconsciente**
- 67 **No son gran cosa**
- 68 **Instante**

LOS PAISAJES

- 70 **Madrugada**
- 71 **La estación de las manzanas**
- 72 **De ñire**
- 73 **Agrostis Capillaris**
- 74 **Giran y giran**
- 75 **Nocturna, a lo lejos**
- 76 **Mientras desea**
- 77 **El mar espera**
- 78 **Del fuego**
- 79 **A todo eso**
- 80 **Diez limones**
- 81 **La memoria del cuerpo**
- 82 **Lloran más**
- 83 **Lo poco**
- 84 **Mis tres cosas**

LOS PASAJEROS

- 86 **El de al lado**
- 87 **Mercedes Ávila**
- 88 **Inversamente proporcional**
- 89 **Los señaladores de mi amigo López**

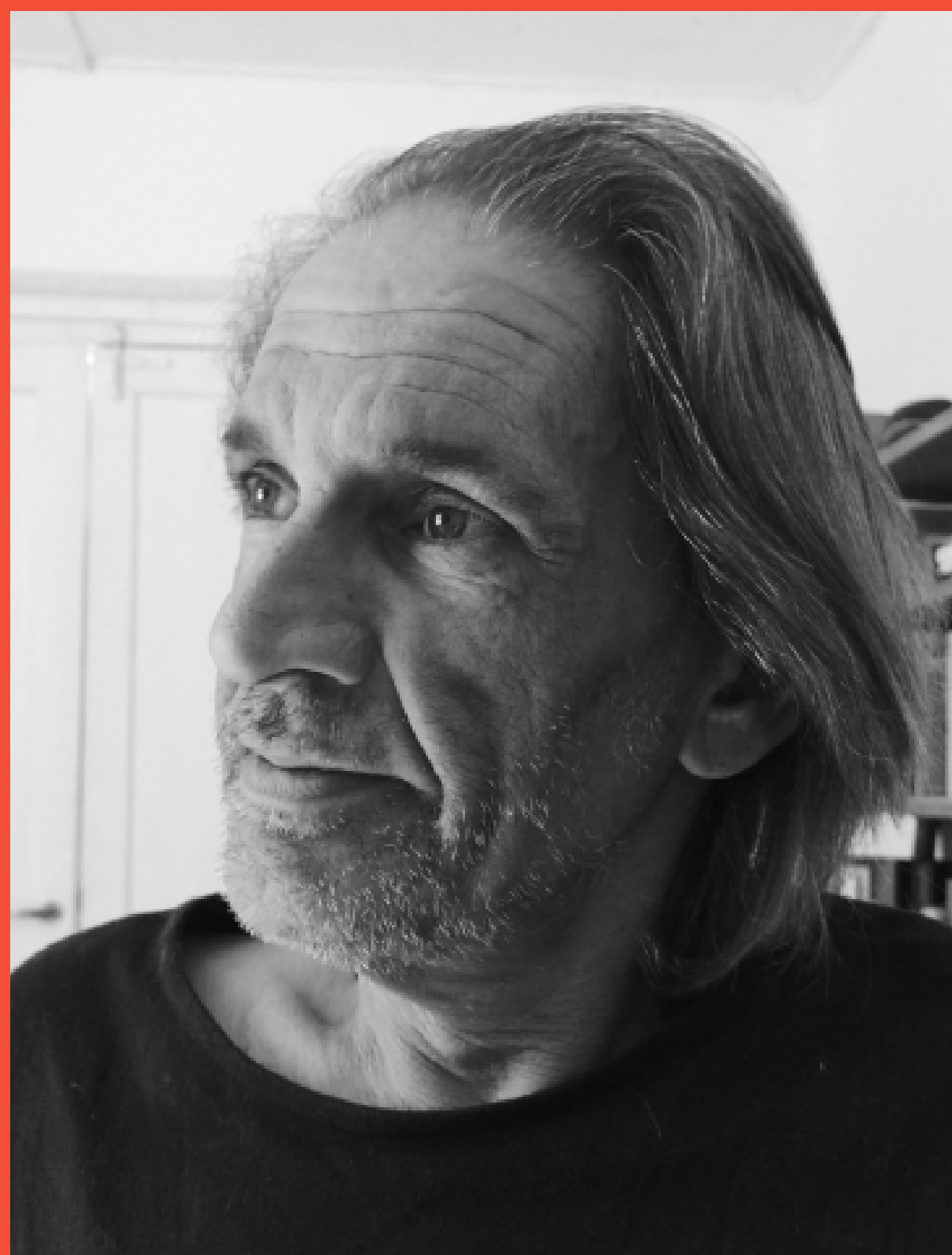
90	Los ciegos de París
91	No van, no vienen
92	El beso del basurero
93	Lógica
94	El testigo
95	Tu comienzo
96	Detrás de la ventana
97	Prolijidad
98	Eufemismo
99	Uno se acostumbra a todo
100	¿Me da fueguito?
101	El mismo
102	La historia de la máquina de escribir de Auster
103	La vida es muy frágil
104	Anexo para manual del periodista
105	Sin pasado
106	El funcionamiento del mundo
107	Mensajes de cumpleaños
108	Chau Juan
109	Envidia

ESTACIÓN TERMINAL

111	La libretita del huérfano
112	El doble
113	Terapia
114	Ya
115	Anotándose
116	Ausencias I
117	Ausencias II
118	Y pico
119	Lo que nunca dijo

120	Un día
121	Mi jardín
122	Declaración
123	Bagayito
124	Si no despierto
125	Debe y haber
126	Nada





Enrique Pfaab (San Carlos de Bariloche, Argentina)

Periodista y escritor. Vivió en distintos puntos del país hasta que se radicó en Mendoza en 2005.

Desde 1994 se ha desempeñado en varios medios de la Argentina, especialmente gráficos.

Es autor de *Relatos de Rodeo del Medio* (2017), *El Ánima Parada y veinte sucedidos de pagos chicos* (2018), *Hipólito Bouchard, el libertador de los mares* (2019), *La vida al borde* (2022) y ha escrito capítulos, prólogos e introducciones en libros en colaboración o de otros autores.

Fue finalista del Premio Internacional Mujica Láinez de Cuentos en la edición 2019.

Recibió el 1º Premio del Certamen Literario Vendimia en categoría Crónica y el 3º Premio Certamen Nacional Osvaldo Bayer (relatos), ambos en 2022.